

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX

San José, Costa Rica 1930 Sábado 29 de Marzo

Núm. 13

Año XI. No. 485

SUMARIO

La glosa de los asesinos en grado superlativo.....	A. H. Pallais	La Isla de Santa Helena de Simón Bolívar.....	Germán Arciniegas
El viento de Bagdad.....	José Vasconcelos	Para el Rep. Am. correspondiendo a la llamada del Sr. G. M. pidiendo le ayudemos a hacer este año el año de Bolívar.....	José Pijoán
Poemas de Blanca del Prado.....	Zalazar Mallen	Las voces fabulosas extinguidas.....	Leonardo Peña
El Tratado de Metafísica de José Vasconcelos.....	Camilo Cruz Santos	Emerson y los libros.....	Juan del Camino
Qué hora es...?	Anastasio Alfaro	Añojal.....	Javier de Viana
El secreto de la alegría del vivir.....	Carlos Samayoa Aguilar	Bibliografía titular.....	
Caida del régimen conservador de Colombia y causas que la han originado.....	Max Jiménez	Dos poesías de Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña.....	
Don Pedro Porras Bolandi.....		Un sueño.....	Ella
Rayito de Estrella de Miguel Angel Asturias.....		Tablero (1930).....	
Don Ramón del Valle Inclán.....			

La glosa de los asesinos en grado superlativo

(Envío del autor)

CUANDO tú matas, si tu víctima podía defenderse, eres un matador con minúscula, como uno que mata menos.

Si tu víctima casi no podía defenderse, eres un matador con mayúscula, como uno que mata más.

Y si tu víctima de ninguna manera podía defenderse, eres entonces, mayúscula primera del libro de los asesinos, y ya no uno que mata más, sino el que mata más.

Alguien para matar esconde su mano detrás del árbol, así queda su mano salva; otros para matar esconden su mano detrás de la ley. Hermanos míos todos, boca cerrada y ojos abiertos, venid, y ved: aquí está el asesino auténtico, en quien todos los asesinos deben mirarse como en un espejo, el superlativo, el siete veces. Y que Rembrandt con aquella su luz de noche nos pinte la mayúscula primera del libro de los asesinos.

Hubo una vez, en una cárcel, tres hombres. Los llamados *bayardos caballeros sin tacha*, habían resuelto que aquellos tres pobres hombres vivieran metidos dentro de la cárcel. Era una cárcel centro-americana para decir una cárcel muy cárcel. Nuestros tres pobres hombres que-

rían desde luego fugarse, el derecho divino de la fuga, porque Dios no nos ha dado la vida para que la marchitemos metidos dentro de una cárcel.

Y una noche se fugaron. Temblaba la hora, temblaban los cuerpos, temblaban las almas y temblaba con el estremecimiento del relámpago la justicia de Dios y temblaba más que nadie un hombre que tenía la mano escondida detrás de la ley. Ese hombre tenía, dentro de la mano escondida detrás de la ley, un revólver. Salieron tres balas, para el primero la primera, para el segundo la segunda y para el tercero la tercera y nuestros tres pobres hombres cayeron junto al muro de la cárcel para no levantarse jamás.

Temblaba la hora, temblaban los cuerpos, temblaban las almas, temblaba con el estremecimiento del relámpago la justicia de Dios y temblaba más que nadie aquel hombre que para matar tuvo su mano escondida detrás de la ley. No como uno que mata más, sino como el que mata más, asesinos siete veces, Re-Caín. Y que Rembrandt con aquella su luz de noche nos pinte la mayúscula primera del libro de los asesinos.

A. H. Pallais

Brujas de Flandes, Marzo de 1930.

El viento de Bagdad

=De El Universal, México, D. F.=

ERA griego de raza y se llamaba Kralipos. Dos días anduvimos juntos; nos entendíamos en esa jerga de todas las lenguas que pronto aprende el viajero; además, le ayudaban a expresarse sus ojos vivaces y una fluente verbosidad. De él recibí esos favores menudos que tanto obligan al recién llegado: conocer la mejor marca de cigarrillos orientales, el mejor plato turco y las bebidas y las golosinas del lugar. Si bien es cierto que el propio instinto suele ser para todo esto el mejor guía. Mas por encima de los motivos pueriles, pronto nos dimos cuenta de que nos ligaba una causa.

Kralipos me contagió de su causa; Kralipos pertenece a esa familia, hoy tan numerosa, de los desterrados políticos. Los turcos lo han expulsado de Constantinopla, su hogar. Desde entonces, yo ya presentía que perder Constantinopla es mucho más que perder Granada. Después confirmé que perder Constantinopla es más que perder una patria, porque es perder la más bella patria de la tierra.

Dirás a mis padres que me has visto, me repetía Kralipos. Y no dejes de ir a la Isla de Prínkipo, pequeñita y luciente en medio del claro mar. Caseríos de colores en la costa y el monte todo verde, con una que otra cresta de pinos

casi oscuros. Detrás de las casas, en los huertos de Prínkipo se dan las uvas más grandes, las uvas más dulces del mundo. Y en ninguna parte suelta la luna un destello más deleitable que en las noches embalsamadas de Prínkipo. Noches de paseos por el mar tranquilo; noches de besos en los que se apaga un instante la luz misteriosa y en denso hilo de sombra corre el abismo de dos almas. Noches de angustiosa felicidad: en ellas el corazón se colma y la naturaleza tiembla aletargada de la armonía infinita.

Cuando no hay luna, las noches de Prínkipo, saturadas de sombra, desenvuelven como en un manto, la pedrería vivaz de las estrellas.

Y de los bosques mana un aroma tan grato que las gentes se salen de sus moradas; prenden antorchas de resina olorosa y se van danzando en rondas, a la orilla del mar entre el monte y el mar, por todo el circuito de la Isla. Las noches de Prínkipo son voluptuosas y los días, allá parecen un renovado festín.

Tú irás a Prínkipo, continuaba diciendo Kralipos; yo no volveré, a menos... ¿A menos de qué? A menos que la guerra estalle otra vez. Mira, añadía: somos más los cristianos; somos más, con los judíos y con los armenios y los sirios; pero las potencias protegen al turco. El turco no necesita trabajar. El turco espera a que nosotros hayamos cosechado la vid, a que nosotros hayamos alimentado las cabras; espera a que tengamos el ahorro del trabajo en las manos y entonces llega, decreta un impuesto, ejecuta una confiscación; se lleva la mejor parte y nos deja sólo lo bastante para que podamos vivir hasta la otra cosecha; y nosotros, vuelta a sembrar y vuelta a pastorear y atesorando un poco cada día, siempre con la esperanza...

Cuando la Gran Guerra, el turco, otra vez se hizo el aliado de los poderes cristianos que detesta; pero era para seguir oprimiendo a sus pueblos vasallos. Nosotros declaramos al turco la guerra, desde nuestros corazones nada más, porque estábamos desarmados y el turco se hizo fuerte con los cañones y con los ferrocarriles y con los barcos de la Alemania. Con aquellas armas de cristianos, el turco, preparó el degüello, la expulsión, el exterminio de los cristianos del Asia, que son en aquella tierra, anteriores al turco invasor.

Poemas de Blanca del Prado

(Envío de J. P.)

Canto

Rosa, jardín, paloma, viento, niña, nube, cielo, azul, sol, agua, canto, madre, padre. Palabras que se abren claras rompiendo los años al rededor de mi casita de sillar desde este rancho de adobe. Palabras niñas que se toman de la mano, haciendo ronda a mi pueblo. Palabras que salen de mis ojos, camino a la voz de mi padre.

1929

Pueblo

Los días no pasan en el pueblo; están apoltronados en las ruinas de las fés, que no obstante todas las albas llaman a misa temblando de frío.

Veinticuatro sombras que pasan por las mismas cosas.

En las iglesias, por las claraboyas, las golondrinas llevan a Dios los mismos rezos viejos, cansados, tibios, sin fecha, con anhelos pálidos.

Un zapatero clava los mismos pasos rotos.

Los colegiales echan sus inquietudes a la acequia; pero no hay tiempo para ponerlas en un barquito de papel...

Las dos de la tarde, colgadas siempre de la albura de la ropa, en los cordeles de los patios. Lavaza muerta, azulada, sin espuma.

Las plazuelas siempre en domingo, benditas, hastiadas.

En los vidrios, crepúsculo.

Las ocho.

1929

A. B. C.

Y mis siete años de un armario celeste lleno de pizarrines, salen de una palmeta rota.

A. B. C. y mis siete años, sentados en un cuatro de tiza, en el fondo negro de una pizarra grande, quieren los unos blancos para bastones de mis muñecas y las oes para hacerlas rodar como aros.

A. B. C. y mis siete años se han quedado en los colores de los caramelos en una tienda de mi barrio. Mis rizos castaños colgados de una recitación en el santo de madre y el miedo a los temblores, empolvado sobre los sillares de un pilar ruinoso.

Mis siete años corren todavía en el agua muda de una acequia angostita en el jardín, sobre una hojita madura de sauce.

A. B. C. y el gato hace reír aún a mis siete años con sus bigotes.

A. B. C. y la angustia de una liga ancha que deja caer mi media.

A. B. C. y la noche formando ángeles en el silencio, ángeles que caminan en las labores de la abuela en el día.

Y en A. B. C. el viento del cuento, se lleva también los besos de mi padre.

1929

Vino la derrota del alemán, pero el turco supo usarla como victoria propia. Vendió su traición y logró expulsarnos en masa, sin motivo, más bien dicho con el motivo del odio. Y bajo la mirada indiferente de los otros cristianos, los ingleses, los franceses, volvimos a soportar la befa del turco, ensoberbecido hoy, más que nunca, de su nueva inteligencia con los vencedores. Entonces tuve que dejar



Blanca del Prado

Por Xavier Abril

Se inicia —sólo debemos hablar del presente hacia el futuro— como un nuevo valor en la joven poesía peruana. Incorporada a Amauta recientemente publica algunos de sus poemas que anticipan el lenguaje—manantial de su voz recién nacida—nueva voz que viene de su alma—y que trasciende a un olor ruboroso como el que dan las primeras flores al abrirse recién.

No canta un mundo intencionado sino un mundo improvisado de atmósfera cálida y alada. Lo improvisa quizá. Los hombres llegan a niños, los árboles a pequeñas flores que se pierden en el césped de los prados, o a lo más, aparecen como estrellas.

Hay un sentido diminuto a través de todo este mundo que no deja crecer ninguna imagen fuera de la orilla de su corazón. Dentro de su corazón—centro de su alma—crece desmesuradamente este crecimiento de las cosas que habitan a la sombra de nuestros pasos.

Julián Petrovick

Santiago de Chile.

Esta noche

Besos... no soy yo, es la noche.

Estamos en la pupila completa de esta noche y nos hemos encendido sin nombres en el alma.

Somos en esta noche como es de preciso el color de la flor.

Nada te he dado yo, ni tú me has dado nada, es la noche, es la mano ancha de la noche, a quien pertenecemos y a la que hubiéramos dado un nombre si tuviéramos quince años.

No he sido yo quien te besé, ni has sido tú quien me ha besado. Es la noche.

Mañana en una abierta claridad tendré mi nombre de todos los días en tus ojos y en el saludo amigo de nuestras manos hallaremos desaparecida esta noche y no sabremos quienes fuimos.

1930

mi oficio y la casa pequeña de Prínkipo, donde todos los domingos se reunía la familia a yantar, y para que los padres se recreasen en los hijos.

Sólo los viejos quedaron allá; los viejos creen que no volverán a verme; pero yo sé que he de volver a la Isla. Si no hay otro medio, compraré mi entrada a los turcos, para eso trabajo diez y ocho horas al día. Tren que se lleva o tren

que trae viajeros, no dejo pasar uno. Los llevo al Hotel, arreglo sus equipajes, les muestro la ciudad; compraré mi vuelta, si es menester. Feliz tú que vas a ver Prínkipo. Dirás a mis padres que ya tengo ahorros, que mandaré a traerlos, pero lo que yo quiero es retornar a mi Prínkipo.

Los transeúntes nos interrumpían el paso. Desde por la mañana había comenzado a soplar un viento huracanado que levantaba polvaredas en la ancha calle principal, toda llena de escombros de la ciudad que se reconstruye. El viento de Bagdad, me dijo Kralipos, que viene del Asia. Recordé ese otro viento que, entre nosotros aporta frío y levanta polvaredas, el viento del norte, el Norte que barre la frontera y agita el Golfo y todavía llega ululante a mi Campeche. Por entre las nubes de polvo de aquel Sur de Bagdad, asoman duomos blancos y uno que otro minarete. Señalando a éstos, Kralipos decía: Todos los están echando abajo, sólo una pequeña mezquita dedicada al culto musulmán, guardará el suyo, en garantía de las iglesias cristianas del Asia. Los demás asombrosos edificios, a un tiempo macizos y aéreos, materia y espíritu, volverán a ser templos. Las que lo fueron tornarán a ser Basílicas; algunas de las mezquitas más pequeñas serán derribadas; he aquí una que ya está convertida en sucio Bazar de trastos viejos. No quedarán huellas del turco.

A la orilla del mar se están levantando manzanas de construcción moderna y clara sobre el ancho trazo de avenidas magníficas. Se advierte en la agitación febril de los constructores cristianos, algo de la presteza creadora del yanqui; un soplo de nueva era. Creo, me dice Kralipos, que el incendio de Salónica fué intencional. No había otra manera de acabar con esas barriadas turcas de viejos leños hirvientes de gente y de chinches. El fuego purificador ha despejado el sitio de la nueva Salónica que se levanta.

Sin embargo, tengo que interrumpir a Kralipos diciéndole: Todo esto que hoy ves en Salónica, lo he visto yo en grande en el Missouri y en Kansas y también en San Paulo del Brasil. Improvisar ciudades es rutina de América. Llévame más bien a los barrios antiguos. Me queda todavía en los ojos el esplendor de Santa Sofía de Salónica y de San Demetrio y de San Pedro; me queda en la mente la vibración de las bóvedas; la eternidad de las masas que se asientan inmutables; el mensaje de las cúpulas que se alzan en el viento, cintilantes de armonía. Me queda todavía también, en la retina, el fulgor de los mosaicos. Supe hoy lo que es arquitectura y debería entrar en recogimiento para acariciar mi visión. Pero mi ruta, ¡oh Kralipos! está contada y ha de ser hoy mismo en esta tarde polvorienta. Hoy mismo acabemos de ver toda Salónica.

Ya llegamos a la zona un poco alta de casas viejas de dos pisos y una noble poesía de balcones y enredaderas. Casas de piedra o de madera, con ventanas estrechas que se encubren de celosías o se abren sobre calles angostas que serpean en todos sentidos. Por el arroyo

puestos de vendedores y tráfico de ancianos enlutados, no muy pulcros pero graves con sus barbas grises y sus ojos profundos. Pasan mujeres también de negro, envueltas, pero todavía sin ocultar el rostro, como las turcas; juegan chicos astrosos y de repente, coge el oído, sueltas modulaciones como de palabras castellanas. Un instante de atención nos confirma el prodigio; todos en el barrio hablan castellano; son los sefarditas; los judíos expulsados por la monarquía española.

Nos ven a los hispanos de la época sin rencor; parece que les ha llegado noticia del divorcio de la raza con la negruras de su pasado. No necesité esta vez de los servicios del intérprete Kralipos para comprar higos, uvas y golosinas populares que lo mismo que eran de allá podían ser de la América criolla o de Andalucía. Siguen allí los sefarditas; ellos, que no saben matar, perduran, en tanto que el turco, raza guerrera y sanguinaria, ha tenido que escapar. Y no sólo perduran, sino que es el sefardita quien gobierna económicamente en la ciudad. Cinco siglos de inteligente tenacidad y he allí el milagro cumplido. ¡Oh tiempo sagrado!, tan justo, pero tan lento... Aplazamiento indefinido de la justicia y en el intervalo una insaciable avidez de sacrificio!

Seguimos caminando y no descansa-

mos sino hasta el punto en que, de lo alto de la colina se divisa, a distancia, el mar todo azul, y a la izquierda un cementerio amarillento, dividido en dos; el de los turcos con pilares que remata el gorro labrado y el de los griegos cristianos con sus cruces.

Cuando bajamos a las calles centrales, llenas de polvo y agitadas de viento, yo repetí, restregándome los ojos: «el viento de Bagdad», y Kralipos comentó: el «viento del Asia»; «tú verás la bella tierra del Asia». Entonces me pareció que algo en aquel viento evocaba el alma del continente remoto; algo que a la vez buscaba el contacto con el hálito de Europa; quizás flotaban en aquel viento esencias misteriosas del Oriente, pero todo se trocaba en polvareda, en medio de aquellos escombros. Volverá a perfumar así que acabe de derrumbarse todo lo que está carcomido...

Y como en la madrugada siguiente, a la hora de los adioses, Kralipos me interrogase de nuevo, le dije: Iré a tu Prínkipo, pero no me envidies demasiado, porque, en cambio, yo tampoco sé cuándo volveré a mi Prínkipo... Brega y medita. La senda es tan oscura que no sabemos a veces, bien a bien, cuándo se perdió ni por dónde quedó nuestro Prínkipo. Pero el sendero es eterno y es mejor seguirlo que quedarse a la vera. Cristo dijo: ¡Anda!

José Vasconcelos

El Tratado de Metafísica de José Vasconcelos

(Envío del autor)

ALEGRA encontrar de pronto entre la árida y escasa producción mental mexicana, un libro como el *Tratado de Metafísica*, de José Vasconcelos. Alegra encontrarse con él porque está henchido de una grandeza de pensamiento capaz de redimir no sólo a una generación, sino a una época.

Toda vigor, toda espíritu, la *Metafísica* de Vasconcelos es como una corriente de fuego que ilumina y quema y arrastra. El maestro no aspira a convencer, abandona esa pobre tarea a los pequeños, a los amantes de la razón, a los esclavos de la dialéctica. «Convence el profesor; pero dirigen y salvan el poeta, el visionario, los hombres de Dios.»

Hombre de Dios—¿poeta? ¿visionario? ¡qué importa, tiene el *toque de gracia!*—se manifiesta José Vasconcelos a través de su *Tratado de Metafísica*. Por eso, desde el *Prólogo*, se pronuncia contra la frialdad analítica, contra las filosofías que se han dejado vencer por la razón. Ataca con vehemencia al racionalismo, frío y vano, que se queda en la dialéctica, pauta apenas de la filosofía verdadera. Esta debe ser un sistema unitario—organizado con verdades parciales—que concuerde con la hondura y la esencia de la vida. Debe ser síntesis ante todo. Síntesis espacial, síntesis temporal. Síntesis espacial: la filosofía es universalidad. Síntesis temporal: el filósofo está obligado a situarse en una altura desde

la cual domine el panorama de todos los tiempos; mas no ha de atenerse a un criterio histórico, porque lo que interesa no son los hechos sino su *valor*.

La filosofía exige la síntesis, ya que el Ser es uno en todos sus extremos y sólo cambian sus manifestaciones. La tarea del filósofo es semejante a la del relojero, que reúne las piezas dispersas y las arregla de modo que el reloj camine. Todo conocimiento debe caber en un único sistema animado. La filosofía ha de construir una doctrina que no sólo abarque todas las disciplinas, sino que posea también el impulso que otorga vida.

La filosofía contemporánea no ha podido organizarse; sus intentos de organización se han resuelto en arreglos parciales, que suelen excluir los asuntos más importantes para el filósofo. Este proceder puede equipararse al del relojero que ordenase las ruedecillas del reloj conforme a tamaño y no conforme a la necesidad de movimiento. Las ramas del saber no se desarrollan aisladas, dependen unas de otras y se apoyan mutuamente en virtud de «una suerte de *lógica general del conocimiento*».

Ahora bien, el conocimiento procede primariamente de dos distintas fuentes: Descubrimiento e Invención. El descubrimiento es un proceso contenido en una cosa, que salta de pronto a los sentidos. Invención es lo que aparece mer-

ced a la actividad específica humana. Descubrir es ver, inventar es crear. Ambas maneras, parciales y analíticas, no concurren en un sistema único. Sólo otra manera puede colocarlas dentro de un mismo orden, ligar sus afinidades y relaciones. Tal es la Síntesis.

Síntesis que únicamente puede seguirse en el plano de la emoción porque sólo la emoción revela la esencia, el Ser. El juicio analítico, que procede de los sentidos y de la razón, se refiere a la presencia, da lo mensurable; pero el juicio estético, fruto de la emoción, pone en contacto con lo divino, da el valor.

Queda, así, constituida una triple jerarquía de ciencias: ciencias de descubrimiento, ciencias de invención y ciencias de síntesis, que corresponden respectivamente a las tres grandes ramas de la mecánica general: Materia, Vida y Conciencia, y a las tres categorías filosóficas: Física, Ética y Estética.

José Vasconcelos aspira a realizar la síntesis estética, la más completa puesto que en ella se encuentra «una unidad más densa que la unidad abstracta de los lógicos y más apta para recibir en su seno toda la variedad de sensaciones, conceptos, anhelos». Pero semejante propósito implica tan ambiciosa amplitud que para desarrollarlo no basta una sola obra. Vasconcelos explica cómo dará cima a su proyecto presentándolo en tres porciones:

«La existencia como realidad perceptible a los sentidos y cognoscible para la mente»—porción realizada en el *Tratado de Metafísica*—; «la existencia como acción»—que será tema para una *Ética*—y «la existencia como manifestación de una serie de afinidades con lo absoluto»—que dará motivo a una *Estética*, que a su vez comprenderá tres partes: lo Apolíneo, lo Dionisiaco y lo Místico o Religioso.

Fiel a este plan, el primer ciudadano de Vasconcelos es adquirir la noción de existencia independiente de las formas del existir, examinar las realidades indudables que constituyen el índice perenne de lo variable. Lo consigue: mediante la introspección encuentra el «ente perdurable», y, en seguida, por analogía, juzga que así como se mueve el ser en la conciencia, se mueve en el Universo. Vuelto hacia el exterior ya, descubre que la unidad cósmica radica en una sola esencia. Un elemento común a las cosas, los seres, los hombres; pero las estructuras dinámicas en que se manifiesta ese elemento común no son iguales, la ley de causa a efecto, de antecedente a consecuente, norma sus transformaciones. Aparecen las formas.

Cada forma es una aspiración de la esencia a maneras nuevas. Lo que busca forma anhela salir de su estructura para encajar en otra más alta. La forma es sólo una parte de la corriente que arrastra a la esencia hacia lo Absoluto. Todo, todo sigue ese impulso: la estructura dinámica elemental o átomo, el organismo primario o célula y la conciencia, germen del alma. Todo es movimiento en el cosmos. Las formas marchan a lo Inefable por el camino del Devenir.

Pero la descomposición de la esencia

Esta extinción de las facultades en el organismo vivo ha sido comprobada experimentalmente, por desgracia. Después de sacrificar a un perro al que se dejó ciego, se compararon las células ganglionares de su centro visual del cerebro con las de un hermano gemelo dotado de vista, observándose que las del primero eran pequeñas, atroficas, sin comunicación unas con otras, mientras que las del segundo estaban muy desarrolladas y se comunicaban entre sí. Este último fué alegre y tuvo buen humor; aquel era triste y malhumorado.

La vida misma hace experimentos tan crueles como éstos. El doctor Urbantschitsch cuenta de un condiscípulo suyo, un hombre dotado de las mejores cualidades que siendo oficial de caballería hubo de vivir prisionero en un paraje desolado de la frontera de Galitzia, privado de toda actividad y excitación. «Al cabo de cinco años terminó su tormento. Todas sus células cerebrales estaban atrofiadas; ninguna curiosidad, ningún deseo vehemente le hostigaba, y entregado a la bebida, grosero, embrutecido, no hacía más que vegetar».

¿Cuál es la moraleja de la historia? El trabajo hace dulce la vida, o, traducido del lenguaje de los libros de cuentos de los niños al científico, que cuando se espera en vano la descarga de la tensión de los grupos atómicos celulares se produce una sensación triste, dolorosa, de desesperación.

Mas también cuando las energías no pueden alcanzar su objetivo, por impedirse corrientes opuestas o inhibicio-

nes, se extingue la chispa divina de la felicidad. Cuando se oponen obstáculos demasiado grandes a las demandas de nuestros instintos, cuando no puede saciarse el hambre por la falta absoluta de medios para ello, ni el amor por una educación demasiado severa, lo pagamos con nuestra alegría de vivir.

Al ser privado el hombre de toda actividad, se vuelve holgazán y triste, se consume inútilmente y no se halla contento de la vida. Es cierto que la educación debe desarrollar algunos grupos celulares que obran en forma de corrientes inhibitorias, pues de lo contrario no podría existir la cultura; pero esta inhibición no debe refrenar con rigor excesivo los impulsos naturales.

Las personas en quienes funcionan tan pronto unos como otros grupos celulares no dejan tiempo a estas corrientes para perseverar en un solo sentido, sus impulsos se cruzan con corrientes opuestas, contra las cuales luchan y se destrozan moralmente. El tormento de la elección quebranta y hace indecisos a los débiles. Ni el impulso, ni la inhibición debieran dominar sobre los hombres. Para que las energías de nuestras células puedan desplegarse como deben, este despliegue debe ser armónico.

Estas son las leyes que rigen la alegría de vivir, y ya se sabe que el desconocimiento de la ley no disculpa su incumplimiento. El que las infringe es condenado por la Naturaleza a la pérdida de la alegría de vivir, y si persiste en la infracción, la condena se extiende a toda su vida.

dio del desencadenamiento de las pasiones y de las ofuscaciones de la hora, una fórmula de conciliación, que hizo posible la paz y la congregación de los adversarios tradicionales en torno de una tarea primordial: la reconstrucción patria.

La adopción de esa fórmula salvadora implicaba un cambio radical en la mentalidad colectiva: renunciar a toda actitud armada contra el régimen, para ir modificando poco a poco sus asperezas, sus desaciertos y sus rigores, mediante la acción cívica; sustituyendo el fusil por la pluma, el pronunciamiento por la censura de los actos del gobierno; en una palabra, la revolución por la evolución.

Esta sustitución civilizada y civilizadora no podía verificarse sino mediante las garantías necesarias. El hombre,— y los partidos políticos no son más que núcleos de hombres unidos por un ideal común,— cuando es conducido por la fuerza, reacciona naturalmente hacia la violencia. No renuncia a ella, sino cuando conserva la libertad de protestar y cierta dosis de fe en la eficacia de la protesta.

Los iniciadores de esta política de conciliación, que en el fondo no era más que el llamamiento a los vencidos de ayer para cooperar en la administración pública, compartiendo con los vencedores las responsabilidades del gobierno, contaban para el feliz éxito de su fórmula con dos factores valiosos: de un lado, el agotamiento producido por el desangre y por la pérdida de riqueza; de otro, con las virtualidades mismas de la paz. Había menester de una larga tregua para que se crearan los intereses de la paz, como en un prolongado ciclo de contiendas civiles se habían creado los intereses de la guerra; porque en Colombia se jugaba «a la guerra», como se juega a la baja en la Bolsa. La expropiación, el botín, las emisiones de papel inconvertible, las compras de armamentos, los empréstitos forzosos, habían llegado a constituir el *modus vivendi* de muchas gentes. Se necesitaba un reajuste general de las condiciones del país para que esos elementos nocivos volvieran al trabajo, creándose nuevos sistemas de vida dentro de la normalidad.

La paz hizo milagros. «Todo lo hemos ensayado en Colombia, menos veinte años de paz.» dijo un publicista ilustre. El ensayo se hizo al fin, y estos eventos admirables que ahora presenciemos son el resultado de ese ensayo feliz.

La piedra de toque de una democracia es su capacidad para mantener el orden dentro de la libertad y su eficiencia para administrar el derecho; para garantizar el cumplimiento de la voluntad de las mayorías, mediante la salvaguardia del sufragio, sin lo cual la República es una mentira. Esto conduce implícitamente a la alternabilidad de los partidos y de las doctrinas en el poder; a la abolición del postulado troglodita de que «lo que se ha ganado a balazos, no puede perderse con papelitos». Estos *papelitos* son los votos. El partido que asaltó el poder a sangre y fuego, funda su derecho a mantenerse indefinidamente en él en ese

Caída del régimen conservador de Colombia y causas que la han originado

Su fracaso en la administración y su incompatibilidad con la época.

Una hermosa lección de cultura cívica. El predominio de la evolución sobre la revolución. Olaya Herrera es un verdadero conductor.

EN los últimos años se han venido desarrollando en Colombia fenómenos extraordinarios de carácter político y social, que no debieran pasar inadvertidos para quienes se interesan por todo cuanto atañe al prestigio de la América Hispana y al porvenir más inmediato de nuestras jóvenes democracias.

Entre los sucesos trascendentales a que me refiero, el más importante y el más actual es el desenlace del último debate eleccionario, con el triunfo arrollador del candidato de la llamada «Concentración Nacional», Dr. Enrique Olaya Herrera, que augura al país un gobierno de cooperación de elementos sanos y eficientes de todos los partidos, bajo la hegemonía liberal.

La aceptación serena de este hecho por parte del partido conservador, dueño absoluto del poder desde hace medio siglo, es sorprendente y halagador para el orgullo colombiano. Tres guerras civiles, la de 1885, 1895 y la de 1899 a 1902; esta última la de más vastas proyecciones asoladoras que tuviera el país, habían sido impotentes para dar en tie-

rra con los conservadores, que se habían apoderado del gobierno merced a la defección de Núñez y a los errores emanados de la Constitución de 1863, quizá demasiado avanzada para su época. Los desastres ocasionados por la contienda de los tres años pueden resumirse así: pérdida de 150.000 vidas, mil millones de papel moneda de curso forzoso, desmembración del territorio patrio, cincuenta años de retroceso en el desarrollo material y cívico de la República. Colombia quedó en tal estado de prostración y de aniquilamiento, que toda esperanza de salvación parecía perdida, y era de temerse la disgregación de la unidad nacional, en una indefinida mantanza, en medio de la que toda convivencia parecía imposible.

Era urgente reaccionar contra esa política sectaria, ferozmente absolutista, que había conducido al país al desangre, a la humillación y a la ruina. Y sobre los escombros humeantes de la hecatombe, surgió a impulsos del instinto de conservación que en las sociedades, como en los individuos, perdura aún en me-

título precario. Pero la libertad para que esa voluntad se manifieste pacíficamente en las urnas, y el acatamiento de esa voluntad, una vez que se ha manifestado, es la demostración inequívoca de que una democracia ha llegado a su madurez y está en condiciones de llenar sus destinos.

Colombia acaba de probar que vive la República, dando con ello un hermoso ejemplo de civismo a sus hermanas retrasadas del Continente, que se encuentran todavía en aquel período rudimentario, en el que la posesión del poder es el patrimonio exclusivo de un hombre, de un círculo, o de un partido, que se apoderaron del gobierno por la violencia o por el fraude, y que una vez en posesión de él no se avienen a cederlo a sus adversarios. Para ellos gobernar no es servir, sino medrar; satisfacción de vanidades o desahogo de rencores. Y cuando ya les es prácticamente imposible seguir mandando, se arreglan de manera de dejar el poder a otros que les aseguren la impunidad de sus delitos y el usufructo de nuevas granjerías.

La caída del régimen conservador de Colombia se debe al desgaste de todo partido que permanece largo tiempo en el poder, y a su incapacidad para hacerle frente a las exigencias de la era de desarrollo económico en que ha entrado, gracias a la conservación de la paz y a la influencia del espíritu de los tiempos. Los conservadores han caído, porque fracasaron en la administración del país. Y fracasaron, porque no pudieron reemplazar a los grandes hombres que la muerte les fué arrebatando. Los gobiernos conservadores vivían en una perpetua crisis de ineptitud. Nunca acertaron a comprender los problemas del país, y si acaso los comprendieron, les faltó capacidad para solucionarlos. Tampoco pudieron asimilarse los elementos renovadores que en la economía de los partidos como en la fisiología humana son indispensables para perdurar. El conservatismo pretendió seguir gobernando con los mismos métodos de hace treinta años, mantenerle a la República esa fisonomía semi-teocrática, que ha hecho de ella una especie de protectorado de la Curia Romana, lesionando su soberanía.

Es verdad, y esto habrá que reconocérselo, si se pretende el dictado de imparcial, que el partido conservador respetó ciertas libertades elementales, como la de prensa y la de reunión, y garantizó hasta cierto punto la participación de los adversarios en el manejo de la cosa pública por medio de la «Ley de Minorías»; pero esto no era suficiente para justificar su indefinida permanencia en el poder, dado que fracasó irrevocablemente en su gestión económica y el manejo de la cuestión social. En la primera, derrochando los 300 millones de dólares que *Wall Street* consideró conveniente invertir en Colombia, y los abundantes recursos internos que el país puso a su disposición quintuplicando sus presupuestos en el breve espacio de una década. Política peligrosa esta de pedir o recibir tanto dinero pres-

tado, que invertido en obras reproductivas todavía sería discutible, pero que malgastado, como se ha hecho, reata la autonomía del país a un poder avasallador, compromete el patrimonio de las futuras generaciones, constituyendo un delito de lesa patria.

Fracasó en la cuestión social, porque ante el malestar y la inconformidad de las clases trabajadoras; ante los atropellos que los latifundistas perpetraban en los cultivadores de los hasta hace poco baldíos nacionales, a quienes lanzaban de sus hogares a media noche, despojándolos de sus cultivos por medio de la fuerza armada, y frente a las justas demandas de los treinta mil trabajadores de la Zona Bananera, para que la United Fruit Co. cumpliera las promesas que les había hecho,—promesas que la Compañía había accedido ya a cumplir como consecuencia de la huelga,—sólo supo encontrar dos soluciones ineptas: tratar de amordazar la prensa, y ametrallarlos inmisericordemente. Creó así un ambiente de rencor y de conspiración, que pronto se tradujo en actos de vandalaje en diferentes secciones del país, y que hubiera conducido más o menos tarde al implantamiento de «la acción directa» y a la creación de un comunismo, incubado por la injusticia.

Bajo el fardo abrumador de tantos errores, y llevando a cuevas los 300 cadáveres de la Zona Bananera y los 300 millones de los empréstitos malgastados, el partido conservador se presentó a las urnas, dividido en dos fracciones irreconciliables. Su derrota estaba prevista. Lo imprevisto ha sido la aceptación resignada de esa derrota. Y esto atenúa un poco su responsabilidad histórica.

Ante la división conservadora, Alfonso López había dicho: «El partido liberal debe prepararse para asumir el poder». Esta frase parecía entonces una *boutade*, o una incursión por el país de Utopía. Porque lo cierto es que la desunión de los liberales entre cooperacionistas y anticooperacionistas y la abstención electoral los había debilitado en extremo; parecía que las masas habían perdido la fe en los principios liberales y que comenzaban a orientarse hacia el socialismo. El partido liberal ni siquiera había lanzado un candidato en las últimas elecciones presidenciales, dejando a los conservadores elegir *su* presidente. Pero he aquí que de pronto se incorpora, se galvaniza, acude en masa a los comicios, y obtiene la victoria.

El taumaturgo que operó este milagro fue Olaya Herrera. Es hombre que posee todas las condiciones que se necesitan para triunfar: juventud, coraje, elocuencia, fe. Hace apenas veinte años encabezaba los motines de los estudiantes contra la Dictadura, bajo las bocas de los fusiles pretorianos. Su palabra fácil y sonora y su dialéctica de acero hicieron de él el primer orador de Colombia. El ha sido capaz, como Orfeo,

de amansar las bestias con la música del verbo, y de hacer que las turbas que iban a apedrearlo lo lleven en hombros a su casa.

Cuando el asalto de La Pedrera, la indignación en Colombia era enorme, y todo el mundo pedía a gritos la guerra con el Perú. Los clubs compraban baterías de cañones. El parlamento se había contagiado también de esa locura colectiva. Olaya Herrera, a la sazón Ministro de Relaciones Exteriores, acudió a la Cámara a contestar una interpelación. La atmósfera estaba caldeada. Se pronunciaban discursos violentos. Se tachaba al gobierno de cobardía y de no saber defender el honor nacional. Olaya Herrera sabía que el país estaba inerme, y que ir a la guerra era exponerse a la derrota. Pronunció entonces una oración soberbia, lanzando la frase tomada de los griegos:

El plato de la venganza hay que comerlo frío.

Esto serenó los ánimos, y el Ministro pudo obtener de la cancillería de Lima las satisfacciones indispensables por aquel lamentable incidente de fronteras. Posteriormente, Colombia ha conseguido del Perú, gracias a su habilidad diplomática, cesiones territoriales que no hubiera logrado en una guerra victoriosa.

Su fe en la vitalidad de Colombia y en su porvenir espléndido, participa a la vez del fervor del patriota y de la convicción del estadista. Porque Olaya Herrera a todo lo largo de brillante y limpia carrera ha demostrado ser un hombre de estado, no un político, en la acepción general que se da a ese vocablo. Nunca se ha dejado arrastrar por los entusiasmos, ni por las pasiones ni por los errores del momento. Al aceptar su candidatura, definió magistralmente la diferencia que hay entre un político y un estadista: «el uno sólo piensa en la próxima elección; el otro, en la próxima generación».

Y como síntesis suprema de sus propósitos de acción gubernamental, dijo en el más trascendental de sus discursos electorales:

«Aspiro a formar un gobierno organizado sin más compromisos ni obligaciones que las obligaciones y compromisos para con la nación; para el cual esté proscribida en forma absoluta la fatal doctrina que destina los despojos para el vencedor, y en el cual el primer magistrado, libre, sin obligación ninguna para con sus sostenedores, esté exento de la peligrosa situación que con frecuencia hace a los candidatos en las luchas electorales verdaderos prisioneros de sus propios amigos.»

Y así, con la mirada y la acción puestas en las futuras generaciones, desdeñando toda preocupación meramente partidista, todo interés personal, es como puede realizarse el concepto del verdadero conductor, porque sólo los que construyen para el porvenir tienen derecho a gobernar a los pueblos.

Camilo Cruz Santos

(Envío del autor)

Cartago, Costa Rica.

CONOCIMOS a don Pedro Porras después de sus sesenta años, cuando tenía ya el pelo blanco: era un hombre de mediana estatura, ancho de espaldas, color blanco, nariz aguileña, frente espaciosa y ojos azules; usaba la cara afeitada y el pelo más largo de lo corriente, gafas de oro, con lentes tan pequeños y fuertes que destacaban los granos de metal en las muestras minerales sometidas a su examen; vestía levita negra traslapada y sombrero también negro, de alas anchas, al estilo de los grandes naturalistas europeos. Sus familiares y amigos le decían don Pedrito, por su carácter afable y dispuesto siempre a dar un consejo que pudiera producir algo benéfico para sus semejantes. Sin pertenecer a sociedad alguna protectora de animales, no montaba a caballo con espuelas, ni le ponía freno a su cabalgadura para que pudiera beber agua libremente en las quebradas y pastar mientras él recogía muestras de historia natural a orillas del camino u observaba alguna roca interesante.

Se había metido tan de lleno en el conocimiento del país que iba derecho al sitio donde está el caolín u otra materia prima que pudiera afirmar el buen crédito de nuestras riquezas naturales. Sus servicios de Comandante Militar en el río Sarapiquí le permitieron conocer con los menores detalles la frontera Norte de la República, y más tarde recorrió las montañas del Sur.—Las muestras que usted ve de manganeso las trajeron de Playa Real, decía, ese mineral de cobre procede del Tempate, el cobre nativo es del Puriscal y aquella otra muestra de las Cóncavas; la galena fue recogida en el Cerro de los Micos, el carbón viene del Tablazo; esta roca de cal la traje de Catalina y la cal de concha viene de Patarrá; estos fósiles son de Surubres, aquellos de Turrúcarres y los otros de Limón; como si estuviera viendo los yacimientos donde había recogido cada ejemplar, sin mencionar siquiera el trabajo que tales muestras le costaran.

En el Registro Eclesiástico aparece bautizado el día primero de agosto de 1817, como hijo legítimo de don José María Porras Ulloa y doña Ana Bolandi Ulloa, con especificación de sus cuatro abuelos y de los padrinos que lo llevaron por primera vez a la Iglesia Católica de San José. De otras fuentes oficiales sabemos que era primo hermano de don Juan Rafael Mora Porras, ambos biznietos del Teniente Coronel Juan Agustín Porras González que figuró como Alcalde Ordinario, Jefe de Milicias, Teniente de Gobernador y Notario Público en la segunda mitad del siglo XVIII.

Criado con todas las atenciones sociales, en una familia distinguida, recibió desde los primeros años los consejos y

Don Pedro Porras Bolandi

(Envío del autor)



Los estudiantes del Instituto Nacional veían en este personaje de Héctor Servadac la figura del Profesor Porras en 1882.

enseñanzas de los principales educadores de aquel tiempo, y pudo adquirir libros científicos que le dieron la mayor cultura en Física, Química y Mineralogía, especialmente en Metalurgia, que era la pasión dominante de sus contemporáneos. La fiebre de las minas se había extendido desde California hasta los trópicos y todos soñaban con un filón de oro macizo. Cuando el joven Porras pudo ganarse la vida partió para California lleno de áureas ilusiones: llegó hasta las Montañas Rocallosas, en busca de placeres minerales y regresó mucho tiempo después, trayendo solamente un caudal de experiencia adquirida a costa de grandes privaciones y penalidades.

Por medio de una autoeducación logró dominar el inglés y el francés para estar al tanto del movimiento científico extranjero; se dice que en sus mocedades daba lecciones de música y que tocaba con maestría la guitarra. Hablaba con entusiasmo del sanate clarinero, y decía del pito real que recorría toda la escala musical, y que se desmayaba al terminar su canto, de manera que era fácil cogerlo con la mano en ese momento, reforzando así, mediante la exageración de ese músico sublime (*Cyphorinus lawrencei*) la excelencia de las armonías con que las aves de nuestras montañas cautivan a todos los viajeros.

Según dice *La Gaceta* oficial de 30 de noviembre de 1850, el señor Presi-

dente don Juan Rafael Mora Porras quería fundar un museo, para reunir muestras de productos de los tres reinos, que sirvieran al estudio de la Historia Natural, y productos industriales de los aborígenes para el estudio de la historia del país; además una biblioteca anexa y un Jardín Botánico, en media caballería de terreno, todo como dependencia de la Universidad de Santo Tomás. Nada se dice de don Pedro con ese motivo, porque era la época en que los pintores rehusaban firmar sus mejores cuadros y las poesías aparecían en el diario oficial sin decir el nombre del autor. Apenas si se publicaban los nombramientos de Magistrados y Ministros, y de vez en cuando la lista de deudores morosos, aunque estuviera entre ellos algún ex-Presidente de la República, por la suma de quinientos pesos. Así no debemos extrañarnos de que sea difícil obtener datos concretos respecto a la vida del Profesor Porras, pues ni siquiera permitió que tomaran de él su retrato, y hemos tenido necesidad de solicitar una reconstrucción, muy buena ciertamente, hecha por el maestro don Tomás Povedano, la cual publicará el *Repertorio* en uno de sus números próximos.

Se trabaja en busca de la fama, del dinero o las comodidades, y los más vivos procuran sacar el mayor provecho con el menor esfuerzo. Aquel hombre de ciencia trabajaba siempre, ya fuera haciendo una pipa con arcilla blanca del Tablazo o una trampa de cazar animales dañinos: ninguna de ambas cosas le producía dinero, sino la satisfacción de que otros sacaran después alguna ventaja industrial o agrícola; como no tenía descendientes, la riqueza era para él secundaria, carecía de vanidad en absoluto y pensó que el buen nombre de la Patria era el único ideal de su vida; tampoco tenía vicios y se alimentaba de ilusiones como los artistas. Los personajes de Julio Verne, decía, tomarán forma real y verdadera en los años futuros y don Quijote vivirá triunfante en el mundo, seguido de Sancho Panza montado en su pollino.

En 1875 estaba encargado de la recolección y arreglo de las muestras destinadas a la Exposición Internacional de Chile. En la *Gaceta Oficial* del 17 de julio publicó el catálogo de todo lo que había recogido, especificado por secciones que abarcan productos agrícolas e industriales, granos, maderas de ebanistería y construcción, con procedencia y dimensiones de los árboles que las producen, fibras textiles, plantas tintóreas y medicinales, gomas y resinas, bálsamos, aceites y semillas oleaginosas, minerales y su procedencia, productos industriales y alimenticios, pieles, talartería, jabones, licores, siropes, tejidos y bordados, entre ellos un retrato del

Libros de París

Rayito de Estrella de Miguel Angel Asturias



Miguel Angel Asturias nos envía de París, como un juguete de navidad, un librito microscópico, de difícil asimilación a cualquiera de los géneros literarios que tienen fe bautismo. Parece una adivinanza con pastas de cartón: no es verso, no es prosa, no es poema, no es teatro aunque esté escrito en forma de farsa escénica; no es fábula; no es libro serio; no es cosa de chiste; y es todo eso al mismo tiempo.

En realidad, es tan pequeño el nuevo libro de Asturias, que hay que examinarlo con lente poderoso y todavía así se necesita emplear alguna materia colorante, como inteligencia o fantasía, para descubrir en el fondo los vistosos dechados de poesía que forman las microscópicas bacterias en el fondo.

Bueno; pero se trata de un juguete y vamos a jugar con él a ver si al fin lo despedazamos o conseguimos transformarlo en cosa seria.

Se llama *Rayito de Estrella*, nombre de nacimiento, y que desde luego revela en el autor la presencia de un espejo sentimental para reflejarlo.

Figuran como farsantes, más que como personajes: Rayito de Estrella don Yugo, y Torogil. «Rayito de Estrella, pluma de torcaz, haz de trigo su cabello blondo; su boca de chaves, partida en dos ayes; su cuerpo: saliva, plumitas y estiércol de nido; su talle: sol a media calle; bajan y se alargan en remos, sus senos.»

«Don Yugo aparece y se cuece desnudo al sol.»

«Torogil, fantasma del asma. Díomelo prestado un viejo teclado de marfil.»

La farsa se desarrolla en tres pasos. En el primero aparece don Yugo cantando: «Siete veces siete; ocho veces ocho; nueve veces nueve, cantaré la misma canción: ¡Rayito de Estrella abre tu piquito, pon tu huevo de oro en mi corazón!».

Antes de seguir adelante conviene que el lector ya tenga también preparada su propia farsa. Asturias no lo dice, pero nosotros queremos que así sea. Rayito de Estrella es para nosotros el espíritu de la vida, alegre o triste, transformándose siempre, y, como la vida, indiferente a cuanto no sea su propia gloria. Don Yugo es el espíritu del trabajo, terco y material; le interesa avanzar siempre y no importa que a veces lo haga para atrás como el cangrejo.

Más oscuro resulta el otro personaje: Torogil: quisiéramos asimilarlo al sentido común, o al espíritu de las seriedad o de la crítica. Ya con esta clave el librito resulta más ordenado y hasta donde es posible, serio. Veamos.

Don Yugo quiere transformarse en cangrejo y lo consigue, saliendo en esta guisa del fondo de una guitarra, como canción, para hacer la corte a Rayito de Estrella, quien a su vez se ha transformado en una pecera llena de peces en el interior del cuerpo de una anciana. Vemos en esto el símbolo de la vida siempre antigua y siempre nueva; los peces se refieren a lo difícil que es tomarla y dominarla a nuestro antojo.

Con el asentimiento de Rayito de Estrella, Don Yugo sube por los pies huecos de la anciana, mientras canta: «¡Eres tierra virgen, bajo de guayabos que destilan miel!» Torogil le sale al encuentro, diciéndole: «Qué modales son éstos?», y luego como ve que el cangrejo se pone blanco, agrega «Comeremos sesos».

«No; cangrejo», le dice Rayito de Estrella. Y Torogil: «¿Un cangrejo blanco? ¿Dónde se ha visto eso...? Son sesos. Comeremos sesos.»

Ella insiste en que se trata de un cangrejo y Torogil rehusa a creer en las transformaciones y sólo está atento a que don Yugo quiere conquistar el amor de la muchacha.

Carlos Samayoa Aguilar

(*El Imparcial*, Guatemala.)

«Búscales pendencia— le dice ésta;— El cangrejo está hecho de tierra y de paciencia» (tal es el espíritu del trabajo).

En el último paso, Torogil propone al señor Cangrejo tres cuestiones: le dará la vida y el paso libre hacia Rayito de Estrella, si sale airoso; si pierde le matará de un golpe en la cabeza con una piedra. Hábil como beguina el señor Cangrejo consigue sacar intacto el hilo de una telaraña. Torogil hace mala cara, escupe y propone la segunda prueba: retirar la pestaña que molesta en el ojo a la aguja más chica de la reina. El señor Cangrejo se echa saliva en las tenazas, acerca los cartuchos de sus ojos y arranca la pestaña que molesta a la aguja más chica de la reina. La tercera prueba es la más difícil: hacer pasar por un túnel una palabra. —Muy sencillo— piensa el señor Cangrejo, y, tenazas a la obra, pone ruedas a una palabra alemana y la empuja como un tren, a través de un túnel.

Seguimos viendo en todo esto el espíritu del trabajo.

Torogil (furioso) dice: Más sabe el diablo por viejo! y después agrega contra su voluntad: ¡Pase, señor Cangrejo, pase!

Don Yugo o el cangrejo, o el espíritu del trabajo, llega por fin hasta Rayito de Estrella, «pero su humildad cocinada al sol sobre la cabeza de los bueyes en digna labor, adquiriría figurativamente el sentido de dominación». Asturias nos dice que, aún en forma de cangrejo, era todo un señor de horca y cuchillo, y que se acerca lleno de imposiciones y dogmático con la intención de someter a leyes, la vida de Rayito de Estrella. «De cerca, empero, no se veía más que peces que enredaban eses, eses y eses, y no se oía más ruido que el de las aletas al golpear el agua, y el de las burbujas que estallaban antes de entregarse a los rayos de sol: Yuguitos que las perseguían constantes, rectilíneos, ondulantes y afanosos...»

Así termina la farsa.

¿No es todo esto una alegoría del mejor cuño? ¿No está allí todo el problema de la humanidad en lucha contra la vida por el afán de conquistarla, para que al final ésta se escape como un rayito de estrella, y como las eses innumerables de los peces en una pecera: nuestros anhelos, nuestros sueños, los sabios y los poetas, los pueblos mismos: burbujas, nada más, Yuguitos que las persiguen hasta el infinito inútilmente...

Tal vez nos equivoquemos pero el librito de Asturias, frívolo y deshilvanado en la forma, adquiere a poco de estudiarlo los caracteres de un juguete serio, de algo así como una linterna mágica...

Presidente de la República, bordado en seda; muebles, taraceados, bastones de las maderas preciosas, tapicería, trabajos de tipografía y encuadernación, obras nacionales, música, etc. Entre toda esa rica exhibición, había algunas máquinas y un termómetro fabricado por el mismo señor Porras. Dijo la murmuración que había graduado su termómetro con el agua hirviendo a cien grados, a la al-

tura de San José, sin pensar en el deseo probable de autenticar tal instrumento, para diferenciarlo de los termómetros importados, pues todos sabemos que manejaba el vidrio y el soplete con gran habilidad, aplicaba el poder de los reactivos, era experto en el grabado del vidrio y los metales, y conocía los aparatos y leyes de la Física hasta fabricar balanzas de precisión para las droguerías,

Como preparador en el Instituto Nacional, hacía experiencias por la noche, con azufre, para que los discípulos no olvidaran el poder luminoso de esa sustancia, corriendo el riesgo de provocar un alboroto en sus lecciones, cuando se rompía por casualidad una retorta. Había organizado las colecciones de minerales y rocas pertenecientes a la Universidad, y cuidaba de ellas como si fueran suyas.

Si en mi adolescencia, allá en las noches de la granja, cuando sin poder conciliar el sueño por entero repetía... fué sataná... fué sataná... fué sataná... me hubiesen dicho que me sentaría a la mesa de Don Ramón del Valle Inclán, habría vuelto a frotar el viejo farol hogareño, le habría pedido otras, muy pocas cosas. El mago ha sido don Ricardo Fernández Guardia; su amistad con el maestro data de treinta años.

Don Ramón nació en el siglo XVI; sólo le faltaría una de las llaves de San Pedro para estar en cualquier colección de antigüedades. Habla, habla, es famoso por su prolongada al par que viva charla. Yo ingenuamente me preguntaba: ¿para que hablará don Ramón? debería ser como una estatua, que uno lo admirara, lo tocara si le fuera posible y luego contara indefinidamente la vez aquella que había estado con don Ramón del Valle Inclán, el de las memorias del Divino Marqués de Bradomín.

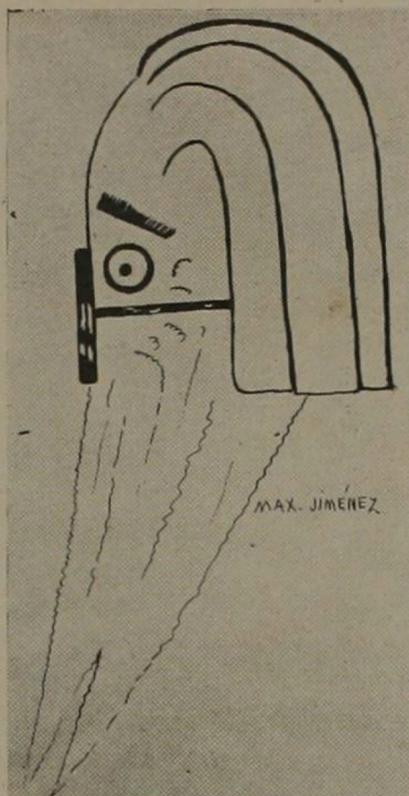
¿De que habló don Ramón? Pobre memoria mía... Mucho de Rubén Darío, lo quiso y lo quiere de veras; cuenta tanto de sus intimidades! Datos interesantísimos sobre Francisca Sánchez, sirviente de pensión, lazarillo de Dios en el sen-

Don Ramón del Valle Inclán

sador, con todas sus necesarias y buenas condiciones.

Su fisonomía es franca; liga o por lo menos se influye de la mala conducta de los poetas de América para juzgarlos, y no goza de la poesía de aquellos que se ponen voz falsa y bulliciosa para decir sus cantos. Hombre de hogar, como tiene que serlo cualquiera que tenga una esposa y cuatro niños tan exquisitos.

Llegué con don Ricardo a la una de la tarde, con una curiosidad que sólo recuerdo haber tenido a los diez años; salimos a las seis, con la noción del tiempo perdida, después de haberle oído a don Ramón muchos cuentos maravillosos que no ha escrito, después de haber compartido la compañía de su simpatiquísima esposa... por mi parte creyendo, que de tiempo y empeño puede construirse la lámpara de Aladino. ¡Quién me hubiese dicho allá en la heredad, cuando yo repetía fué el diablo... fué el diablo... que habría de sentarme a la mesa de don Ramón del Valle Inclán, el mismo que escribió las memorias del Marqués de Bradomín!



Valle Inclán

Por Max Jiménez

dero de Rubén. Don Ramón habla a la mexicana como cualquier hijo de por allá. Ya he dicho que es gran conver-

Max Jiménez

Madrid, Febrero de 1930.

—¿Y el boro, y las malaquitas? decía impaciente, una vez que los estudiantes entraron en su gabinete de estudio y cambiaron de sitio algunas muestras que él tenía rotuladas y clasificadas científicamente.

En 1883 presentó al gobierno un proyecto de contrato, en el cual se comprometía, asistido por tres jóvenes bachilleres, de los cuales uno era Ingeniero Topógrafo, a escribir la Geografía de Costa Rica, como contribución al movimiento científico e industrial del país, señalando numerosos artículos de exportación, cuyo valor mercantil era entonces desconocido. Contaba con el apoyo del señor Ministro don Bernardo Soto, tan entusiasta por el progreso de su patria; pero la Comisión Permanente, a cuyo dictamen se sometió el proyecto, lo consideró de necesidad innegable para el país y lo habría aceptado «si las circunstancias deficientes en que se encontraba el tesoro nacional no le impidiera la realización del plan propuesto.» Así se perdió la oportunidad de recoger en un libro los conocimientos del Profesor Porras, adquiridos durante largos años de exploración personal.

Desde el punto de vista práctico fué todavía menos afortunado; el placer por las investigaciones científicas lo distraía de la parte económica: si se metía a la industria de aves de corral, trataba de formar una raza nueva de gallinas, que estuviera de acuerdo con el ambiente del país y el negocio tenía que fracasar; su fábrica de fósforos, con elementos nacio-

nales, no llenó el objeto propuesto por falta de recursos y del sentido práctico de la vida. Era un maestro o sacerdote de la Ciencia, muy experto para analizar minerales, pero sus trabajos no le produjeron riqueza; había recorrido nuestro territorio en todas direcciones y denunciado minas de oro, plata, cobre, yeso y carbón, hasta el confin de Golfo Dulce, sin provecho alguno lucrativo. La última vez que lo vimos, habitaba una casita humilde en la Cuesta de Moras: estoy viviendo de conejos y palomas, me dijo; pensé por un instante que en los años postreros de su vida se dedicaba a la cría remuneradora de esos animales y que su mesa antes frugal, había mejorado notablemente de condiciones; pero luego me mostró un armario viejo lleno de miniaturas de algodón, que fabricaba para los portales de Navidad, y vendía palomas y conejos a cinco y diez centavos cada animalito.

Anastasio Alfaro

San José, Costa Rica, Marzo del 30.

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana de Cultura

EDITORES:

Bernardo J. Gastélum, Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo
Aparece mensualmente

Un número..... Dlls. 0.50

Suscripción a 6 Nos..... 2.50

Apartado Postal 1811.

MEXICO, D. F.

Nunca se le oyó, sin embargo, una queja ni un reclamo: el 26 de setiembre de 1882 le donó el Congreso Nacional quinientas hectáreas de terreno en los baldíos de Santa Clara «como recompensa por su asidua y provechosa dedicación al estudio de las Ciencias Naturales.» Con todo, no sabemos que se aprovechara de tal donación, pues muchos años después de su muerte, la viuda, doña Maura Gómez Alvarado, como única heredera de aquel derecho trató de hacer el denuncia correspondiente, pero no se indica en el expediente el importe que ella recibiera con ese motivo; mas debemos suponer que fué de escaso valor, porque siempre se le vió en el estado de mayor pobreza.

El nueve de junio de 1889 por la noche, se acostó temprano el Profesor Porras, según costumbre, y amaneció dormido eternamente como un niño, sin que su esposa se diera cuenta de la muerte hasta el amanecer del nuevo día. *La República* dijo, con ese motivo: «El señor Porras era uno de los pocos que quedaban de los que levantaron allá en la vecina del Noroeste la bandera nacional a la altura que tiene en aquellos campos de batalla», y don Francisco María Iglesias; en sentida nota necrológica agregó: «Entusiasta por la Química, Mineralogía y Botánica recorrió el país en todas direcciones, en busca de riquezas naturales, en medio de la mayor estrechez de recursos. Nada escribió; un apoyo generoso hubiera bastado para salvar un caudal de deseubrimientos útiles para el país»

LA antigua casa de los Mier ha desaparecido. Fué una blanca casa de nobles hacendados, cercada por edificios de trabajo. A un lado estaban los hornos y trapiches, atrás la casa de los esclavos y la caballeriza, las tierras de labor se extendían hasta las sierras y se protendían hasta la llanura. La casa de habitación era espaciosa y sencilla: en los muros exteriores no se veía más adorno que el de las ventanas, enrejadas con el primer de los hierros españoles; la alcoba en donde el Libertador lanzó el último suspiro miraba al edificio de los trapiches, a través de un huerto sembrado de tamarindos. De todo esto es muy poco lo que aún queda. La casa ha perdido el ambiente de 1830. Al visitante le enseñan uno o dos árboles bajo cuya sombra parece que alargaba sus tristezas el gran caballero de nuestra independencia. Pero hasta las piedras en donde se demoró a pensar han sido removidas por el celo ignorante de unas gentes que no saben que las ruinas son las mejores urnas para el recuerdo, y no los remiendos vulgares y los adornos postizos. La devoción de las gentes sencillas ha sembrado de mármoles ridículos y ha cruzado de cemento la ruda casa de calicanto y los patios enlozados de ladrillo. De las paredes se han colgado los más desagradables trofeos funerarios y una serie de lienzos que hacen temblar de ira y desencanto. Entre estos lienzos hay algunos puestos ayer, como el que dice representar a Mercedes Abrego, que es una infame traición a la gloria de la heroína. El baldosín de cemento circula hasta en el que fué edificio del trapiche: la fábrica que llenaban de voces los esclavos y los capataces, donde se volcaban los cargamentos de caña y se destilaba la rubia miel del trópico y crujían las ruedas de la molienda, ahora es un pabelloncito relamido, inútil y pelado, con trazas de cafetín de aldea y un flamante letrero en el frontis que dice: *Biblioteca bolivariana*; se refiere esta leyenda a los libros ilusorios y a la ausencia de los anaqueles. La alcoba del libertador ya no mira a la huerta de los tamarindos: un patriota inocente emplazó una cruz de mármol que cierra el horizonte del recuerdo. A un lado de la casa, la estatua de Bolívar transfigura al héroe atormentado y silencioso en un elegante burgués vestido de

La Isla de Santa Helena de Simón Bolívar

= De Lecturas Dominicales. Bogotá. =

militar. A pesar de todo esto, el sitio guarda la grandeza del drama más completo que haya assolado al genio humano. Y tiembla de pavor el espíritu al pasearse por este anfiteatro miserable donde dió su última batalla y ganó su última victoria el héroe de América, luchando con las sombras de vida, con las leves

falanges de la melancolía y el desengaño, con la carga cerrada de la ingratitud.

La casa de San Pedro Alejandrino da frente a una llanura seca y estéril que limitan unas colinas desoladas. El sol es un sol africano que tira sobre la tierra sus pieles de pantera. La arena ciñe de fuego los caminos. Las pal-

meras como que invierten la copa de sus follajes bajo el golpe implacable de la brisa, y la tierra hace esfuerzos maternales por salvarlas al rapto de los vientos. Hay cielos azules, pero de un azul hostil, casi salvaje. Apenas de los inmensos tamarindos y de los mangos densos de frescura se cuelgan las horas tranquilas.

El Libertador venía de hacerle el sacrificio de su gloria a la democracia. Así lo quiso su pueblo y así lo aceptó el destino. Tenía que encerrarse en una isla, y San Pedro Alejandrino fue la Santa Helena de Simón Bolívar. Todos los triunfos, las victorias que doblegaron las cabezas dóciles bajo sus manos expertas de guerrero, la ambición y los juramentos se adelgazaron en un hilo de eternidad. Las tardes desoladas recogían palabras que el héroe no alcanzaba a pronunciar. Al otro lado de las colinas que cercaban los horizontes de la casa, apuraba el silencio los rumores del mar. Los días y las noches fueron hondos. Se alcanzaba a oír hasta el más lejano rumor de la más leve inquietud. La pupila que centelleaba en Boyacá, aquí se detuvieron para buscar los términos de la vanidad y de lo eterno.

Al cerrarse la parábola de su vida encontraba el caraqueño lo mismo que la suerte le deparó al corso: la soledad. La soledad de Santa Helena. La soledad de Santa Marta. Las noches profundas debieron acercarse a mirar esas almas como si fueran piedrecillas blancas entre la vena de cristal de un río. Apagado el tropel de los combates, rota la cadena de los afanes y de zozobras, las horas revelaron un sentido místico a los héroes desterrados.

Estas colinas calvas, este monte raído, esta miseria de tierra desolada que circunda por el frente a San Pedro Alejandrino, movieron más grandezas en el alma de Bolívar que todos los paisajes donde se maduraron sus victorias. El páramo de Pisba, la racha oscura que devoraba sus ejércitos y en donde sólo triunfó de la naturaleza la tenacidad de su genio, y Pativilca en donde brotó la palabra imposible como una flor de milagro, no supieron de este hombre grave y taciturno que le hablaba a la inmortalidad como a una hermana y escrutaba los signos de la melancolía.

German Arciniegas

Santa Marta, enero de 1930.

Para el Repertorio Americano, correspondiendo a la llamada del Sr. G. M. pidiendo le ayudemos a hacer este año el año de Bolívar

De las frases de Bolívar, acaso la que se ha hecho más popular, es la que pronunció ya moribundo y desengañado: «Hemos arado los mares». El sentido queda bien claro, pero no sé si es muy conocido el origen de esta idea y que el arar los mares y su inutilidad refleja locura.

Bolívar seguramente recordaba en la agonía una leyenda de la historia de Ulises. Éste sabía de antemano lo que le esperaba si iba a la guerra de Troya: o sea renombre a cambio, de diez años de batallas para tomar la ciudad y diez años de peregrinación en el viaje de regreso. Para evitar una gloria tan cara imaginó de aparentar que era loco y cuando llegaron los emisarios de Agamón para pedir su concurso le encontraron arando en la playa sin prestar atención a que las olas deshacían los surcos. Pero los grandes corazones como Ulises y Bolívar tienen que arar aunque el suelo sea de arena y el oleaje destructor, nivele otra vez la estéril playa. Poco le costó a Diomedes descubrir la falsedad de la locura de Ulises!

¿No deberíamos hoy preguntarnos lo que haría Bolívar si viviese entre nosotros? Él araría otra vez, ¿pero es que la tierra y el mar rían tan ingratos como fueron hace un siglo?

José Pijoán

Pomona College
Claremont, Calif. U. S. A.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas de primer orden

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Motley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

Las voces fabulosas extinguidas

(Envío del autor)

Como el viajero que una vez llegado al fondo de la planicie, puede abarcar de una sola mirada, la cadena entera de montañas encaramadas sobre los hombros del horizonte, así, nosotros, que hemos distanciado ya largamente la era romántica—puesto que en estos días se celebra su centenario—podemos contemplar el magnífico conjunto formado por los grandes escritores del siglo XIX. Son cimas que imponen, unas por la variedad y riqueza de sus colores; otras, por el exotismo de sus contornos; otras, por la belleza de sus líneas y otras, por la amplitud de sus masas. Así, mientras la obra de Chateaubriand lo domina todo con sus flancos aterciopelados y soñadores; mientras el pináculo de Lamartine aparece embriagado con todos los prestigios de las alturas; mientras la austera cumbre de Alfredo de Vigny, atrae y retiene; mientras la colina delicada, caprichosa y poética de Alfredo de Musset, se adorna, cada día, de mayores gracias; mientras la roca de contornos misteriosos y tiernos de Gerardo de Nerval, parece absorbida por la luz y mientras el cono aéreo de Teófilo Gautier, se presenta azulado por la luna, una aguja herizada como la flecha de la Santa Capilla; Stendhal, ejerce un encanto supremo y dos macizos de enormidad igual: Balzac y Víctor Hugo, asombran con la majestuosa tosquedad de sus perfiles.

Sin embargo, bien que todos esos escritores aparezcan unidos por un mismo procedimiento de escuela, en el fondo yacen separados por diferencias fundamentales. Una de las mas características es aquella que opone a los que como Stendhal, Musset y Gautier, permanecieron en el dominio exclusivo de las letras, aquellos que como Chateaubriand, Hugo y Lamartine, ansiando realizar no se sabe qué vagas y cálidas misiones sociales, se mezclaron en política. Contemplados a la distancia, los primeros ocupan, sin duda, la posición mas sólida, pues, mientras sus nombres se yerguen en el éter frío y puro de la gloria, el nombre de los segundos aparece humean-te todavía de una popularidad que perturba y retarda el juicio definitivo de la crítica.

Hasta los tiempos de Voltaire, el escritor, que era tributario de reyes, príncipes, magnates, y financistas, sólo había pensado en trabajar según su especialidad y competencia; pero, en cuanto logró emanciparse de aquella odiosa tutela, se echó a razonar sobre todas las cosas. Y como el hecho de escribir mejor que el común de los seres, lo hizo creerse superior a los demás hombres, no tardó en concebir el mito del escritor-dios, capaz de transformar el mundo con el toque mágico de esa moderna varilla de virtud: la palabra.

Habiendo recibido aquel dogma de herencia y habiéndolo revestido de un carácter religioso y casi místico (los títulos que se daban a sí mismos, eran: magos, profetas, representantes del Verbo, etc.) los escritores del período ro-



Por Amighetti.

mánticos, creyéndose en los umbrales de los tiempos nuevos se sintieron aptos en su mayoría para regir el destino de los pueblos, sin pensar que el arte de escribir es una cosa y que el arte de gobernar es otra. Y como todos los iconoclastas, no tardaron en derribar los ídolos antiguos... para erigir apresuradamente uno nuevo, que en esta ocasión se llamó: el Pueblo, posternándose delante de él, sin hacer ninguna distinción entre los diversos elementos de que se compone. El Pueblo era bueno, justo, advertido, magnánimo y a él debían de someterse, en último recurso, todas las cuestiones. Fuera de su derecho, del derecho de su soberanía ilimitada, no existía otro derecho y toda tentativa para limitar esa soberanía, era un escamoteo de lo relativo en perjuicio de lo absoluto, como toda empresa que tendiese a triunfar de esa resistencia culpable y a restablecer esa integridad soberana, no solamente era legítima, sino sagrada.

El escritor que mejor caracterizó ese orden de ideas, fué Víctor Hugo, glorificando el dogma absoluto de la soberanía popular, resucitando la doctrina del derecho al trabajo, consagrando, en nombre de la política y de la poesía, la legitimidad de la insurrección y la belleza de la barricada y prestando, en fin, el prestigio de su imaginación omnipotente y de su vocabulario inagotable, a las aspiraciones de la democracia.

Afortunadamente para los escritores románticos, el pueblo, como el sabio Ulises, supo cubrirse los oídos ante el canto falaz de las sirenas. De una manera general, los pueblos aman a los

genios, y las naciones esperan, recogidas y ansiosas, al gran hombre, como las vírgenes esperan al prometido en la noche nupcial; pero, ese sentimiento de expectación, casi místico, está lejos de ser el mismo que anima al ciudadano en busca de un representante y que se siente tanto mejor representado, cuanto es menor la distancia que lo separa del elegido. Por otra parte, si el pueblo ama los escritores (y, de una manera indistinta, a todos aquellos que saben servirse de la palabra), en el fondo desconfía de ellos, pues, inconcientemente comprende que la elocuencia es un arte de ilusión y de engaño, de modo que, aún en los momentos en que se siente subyugado por ellos, no les cede sino con pesar, ya que jamás creará que lo esencial, en un verdadero jefe, sea el hablar o el escribir con talento. Y luego que teme que esos sabios cuhebradores de frases, se sirvan de su prestigio para engañarlo, o que embriagados y arrastrados por sus propias palabras, se dejen conducir lejos de la realidad. En lo que no se equivoca, pues, si consideramos, por ejemplo, a aquel de entre los escritores románticos que ejerció, conjuntamente con el ascendiente más alto, la más soberana elocuencia: Lamartine, vemos que si sus discursos están saturados de puntos de vista brillantes y, a veces, profundos, en cambio, en ninguno de ellos se vé esa forma humana y práctica de los justos principios sobre los cuales se apoya todo verdadero estadista. Hombre de instintos, siguiendo sus sentimientos como sigue el trueno al relámpago, con el espíritu surcado por todos los vientos y cruzado por todas las ilusiones y quimeras y leyendo con admirable precisión en el alma humana, Lamartine era el hombre del ideal, del amor, de la melancolía y de la gloria; pero, no el hombre de la política.

Otro ejemplo es el caso de Víctor Hugo, siempre magnífico cuando pinta, muy desigual, pero todavía bello, cuando relata y absolutamente defectuoso cuando piensa. Sus discursos en la Asamblea Legislativa eran de tal manera pueriles, que ni aún sus más fanáticos admiradores osaban tomarlo en serio. Y es que Víctor Hugo empleó en su oratoria política, los mismos procedimientos que empleaba en la literatura: los mismos errores de óptica, la misma facilidad para embriagarse con las palabras y para deslumbrarse con las imágenes; la misma propensión a forzarlo todo y a aguantarlo todo, finalmente, el mismo afán de turbar esa armonía y esa *mesure* que, en política, se llama verdad y que, en literatura, se llama lo verdadero. Víctor Hugo sacrificaba constantemente la verdad a la imagen, como sacrificaba el hecho a la metáfora y la claridad a la antítesis; no haciendo jamás su frase para su pensamiento, sino su pensamiento para su frase. De ahí que en él hubiese una escisión completa del fondo y la forma con todo cuanto no fuese su utopía, su sueño o su rol. Su manera era, pues,

esperan al prometido en la noche nupcial; pero, ese sentimiento de expectación, casi místico, está lejos de ser el mismo que anima al ciudadano en busca de un representante y que se siente tanto mejor representado, cuanto es menor la distancia que lo separa del elegido. Por otra parte, si el pueblo ama los escritores (y, de una manera indistinta, a todos aquellos que saben servirse de la palabra), en el fondo desconfía de ellos, pues, inconcientemente comprende que la elocuencia es un arte de ilusión y de engaño, de modo que, aún en los momentos en que se siente subyugado por ellos, no les cede sino con pesar, ya que jamás creará que lo esencial, en un verdadero jefe, sea el hablar o el escribir con talento. Y luego que teme que esos sabios cuhebradores de frases, se sirvan de su prestigio para engañarlo, o que embriagados y arrastrados por sus propias palabras, se dejen conducir lejos de la realidad. En lo que no se equivoca, pues, si consideramos, por ejemplo, a aquel de entre los escritores románticos que ejerció, conjuntamente con el ascendiente más alto, la más soberana elocuencia: Lamartine, vemos que si sus discursos están saturados de puntos de vista brillantes y, a veces, profundos, en cambio, en ninguno de ellos se vé esa forma humana y práctica de los justos principios sobre los cuales se apoya todo verdadero estadista. Hombre de instintos, siguiendo sus sentimientos como sigue el trueno al relámpago, con el espíritu surcado por todos los vientos y cruzado por todas las ilusiones y quimeras y leyendo con admirable precisión en el alma humana, Lamartine era el hombre del ideal, del amor, de la melancolía y de la gloria; pero, no el hombre de la política.

demasiado sabia, demasiado complicada, demasiado cargada, para que las multitudes pudiesen interesarse en su labor política.

En ese sentido, Chateaubriand fué mas dúctil y humano, pues, bien que poniendo constantemente, en su estilo de publicista y de orador, el calor necesario para que se reconociese al gran letrado, supo expresar ideas prácticas, claras, aceptables y dignas de interesar tanto a las multitudes, como a los hombres de Estado.

Renunciando al honor que le estaba prometido de ser el primer historiador de la nueva escuela y cerrando el ciclo de su carrera de escritor, Chateaubriand abandonó deliberadamente la evocación del pasado, y dedicándose a colaborar en la formación del porvenir, se consagró a la política, bien que sin dejar de sentir por ella un asco profundo. ¿Por qué, entonces, ese afán de mezclarse a ella? En primer lugar, por la fé profunda que tenía en sus dones, pues, seguramente que ya pensaba lo que sólo más tarde se atrevió a escribir: «Napoleón y yo»; luego, porque después de haber conocido la gloria literaria, deseaba conocer la del político: gloria embriagante como ninguna, bien que ella sea enturbiada por la impudencia misma de que está compuesta, y, finalmente, porque estando los escritores amenazados en esa altanera sociedad de la Restauración, de descender a las tristes condiciones en que fueron mantenidos durante el antiguo régimen, sólo la política podía aportar consideraciones y provecho a un hombre como Chateaubriand, de una pobreza tan fastuosa y cuyo espíritu vivió ávidamente tendido hacia todos los bienes asequibles, embelleciendo lo que había que conquistar y despreciando lo había ya conquistado.

Frente a los escritores que se mezclaron en política, se encuentran los que, desdeñando el grosero homenaje de las multitudes, permanecieron en el dominio del arte puro. Poetas, novelistas, dramaturgos, ellos no tuvieron sino una preocupación: restar dignos de la tarea realizada, lo que en el artista constituye una suprema dignidad y un supremo deber. No existiendo para el artista, sino una acción: su obra, acción que no debe rozarse demasiado con su época, si no quiere impregnarse de caducidad, ella debe de ser alejada, en lo posible, de las contingencias ambientes y de los contactos vulgares, para mejor asegurarla en el tiempo. Así, si ella aparece menos actual, es sólo para que sea más durable y si los escritores que se aíslan para producir, pueden ser juzgados menos generosos por sus contemporáneos, en cambio, la posteridad los encuentra más nobles y también menos crédulos, pues, la popularidad no es sino una servidumbre estrepitosa, que abandona pronto, como fué el caso de Lamartine, o que encadena, como fué el caso de Víctor Hugo. Si se piensa que, en el momento mismo en que el autor de *Los Miserables* empezaba a revestir la librea de la multitud, Stendhal, por su parte, desconocido y casi ignorado, pero sin dejarse descorazonar por sus continuos

fracasos de hombre y de escritor, confiaba con altanería esquileana, en ser leído cuarenta años después de su muerte, se siente bien que es el quién da el ejemplo sano y fuerte, capaz de inmunizarnos contra las atroces desgarraduras de la existencia.

Ahora que el romanticismo ha terminado su misión, podemos percibir claramente las ideas que formaron su estructura. Ninguna de ellas nos parece sólida, ni digna de ser conservada, ni ninguna

de sus ilusiones merece ocupar nuestro corazón. Son voces fabulosas, extinguidas, y de las cuales sólo sentimos los ecos lejanos, como los marinos bretones sienten los ecos de la hundida catedral de Ys; pero, eso no nos impide alegrarnos con el espectáculo estupendo que presentan sus obras reunidas y darnos valor para avanzar, sin temblar, en nosotros mismos, aún cuando nuestros pasos sean guiados por otras constelaciones y vayan por otros caminos.

Leonardo Pena

París. 1930.

Estampas

Emerson y los libros

(Envío del autor)

CUANDO alentamos a los jóvenes a que estudien, no queremos ejercer una función docente. En el fondo de la prédica hay la aspiración de que sea nuestra propia vida la que escuche. No hemos logrado ninguna altura que nos permita marcar a otros su sendero. El medio es muy estéril y adormilador. Carece de contrastes y esto lo hace propicio al engaño. Basta decir de alguien que es estudioso y tiene capacidades excelentes, para que a su alrededor se forme una aureola. Basta que alguien observe prudencia en todos los asuntos, es decir, mida las palabras y no hiera a nadie, para que, con el transcurso del tiempo nada más, se vaya perfilando en él el posible candidato a función de jerarquía elevada.

Es contra el medio sin sentido fecundo contra lo que nos revelamos cuando, pensando en una juventud de aspiraciones, hablamos enardecidos. Guía, consejero, nada que signifique subordinación de espíritus queremos ser. Por eso la

pregunta de un joven pidiéndonos que le recomendemos libros no nos mueve a ninguna vanidad. Pensamos, sí, si no será que la voz nos ha salido como de una cátedra. Tan lejos nos sentimos del taburete dogmatizador. Apenas vamos adquiriendo la virtud de no descuidarnos, de conservar la aspiración por la cultura. Queremos ser sinceros, absolutamente sinceros. A nadie hemos de inducir al engaño de que nos crean modelos de nada. Si hablamos de la necesidad del estudio es porque luchamos por poner esa disciplina a regir nuestra vida. Cuando citamos a Ruskin es que tenemos en las manos *Sesame and Lilies* y el afán por penetrar todo el sentido de su espíritu nos obliga a hacer el esfuerzo de leerlo en su propia lengua. No hay afán de ostentar erudición. Seguimos el impulso natural de nuestra vida.

Ese impulso es el que debemos seguir todos los que buscamos orientación para el estudio. De nuestra parte no tenemos una experiencia personal que ofrecer. Pero como seguimos la de los demás, la de los maestros, creemos que ella sirve a los espíritus preocupados. Hablamos de maestros y con ello expresamos la existencia, presente o pasada, de grandes almas que trabajan en el mundo real de la sabiduría. Ellos son los que ayudan sin supercherías y hacen el gran bien de advertir que a la simulación hay que oponerle el estudio. Nos enseñan que debemos matar la vanidad, y dejarnos de estar pensando que cometiendo la inocentada de llamarnos filósofos, literatos, artistas, hombres de ciencia, vamos a imponer respeto y acatamiento. El simulador es el tipo de hombre más ridículo existente en un país. Si la simulación le da por el lado de la filosofía, sin saber qué se ha hecho en este mundo, se consagra a sí mismo descubridor de sistemas y proclama enfáticamente en mensajes las novedades del descubrimiento. Cuando quiere dejar la impresión de que no desconoce la obra de otros, cita de ella lo que los resúmenes de los compendios han podido enseñarle. No va mas allá de la referencia de segunda mano su conocimiento. Y como cuenta con un medio indiferente a esa labor de aspavientos, cree que su personalidad

INDICE

Legenda aut acquirenda



Miguel A. Asturias: <i>Rayito de Estrella...</i>	¢ 1-00
F. A. Vuillemet: <i>La juventud y los deportes</i>	2-25
J. Renault: <i>Educación de la pureza</i>	3-50
José Ortiz Echagüe: <i>Tipos y Trajes de España</i> . 1 vol. pasta.....	1-75
Enrique Molina: <i>Por los valores espirituales</i>	4-00
Enrique Molina: <i>Dos filósofos contemporáneos. Guyau-Bergson</i>	6-00
L. Hearn: <i>Kwaidan</i>	2-50
W. Frank: <i>Redescubrimiento de América</i>	6-50
Tácito: <i>Las historias</i>	2-50
Tácito: <i>Los Anales</i> . 2 vols.....	5-00
E. Ramond: <i>Charlot. Intimidaciones de su vida y su arte</i>	0-75
Balzac: <i>Papá Goriot</i>	2-00
Pedro Prado: <i>Alsino</i> . novela.....	4-00
María Teresa León: <i>Cuentos para soñar. Para niños</i> . 1 vol. pasta.....	5-50
R. Alcalá Santaella: <i>Compendio de Historia de la Anatomía</i>	7-00
A. Fadeiev: <i>La derrota</i> . novela.....	3-50
A. Kuprin: <i>Yama</i> . (De la mala vida en Rusia) 3 vols.....	6-50
José M. Eguren: <i>Pagsias</i>	4-00
Joaquín Edwards Bello: <i>El roto</i> . novela.....	4-00
Ana Rubiés: <i>Aplicación del método Decroly a la Enseñanza primaria</i>	3-00

Dirijase al Adr. del Rep. Am.

va imponiéndose. Sin embargo, esa labor esta condenada a una existencia pasajera. La simulación que la hizo nacer carece de virtud para sustentarla.

De la simulación deben librarse los jóvenes. Y nada mejor para conseguirlo que la compañía de los grandes. Al joven que nos pide listas de libros propios para nutrir las inquietudes de las mentes nuevas le señalamos la compañía de Ruskin y de Emerson. Son nuestros guías. No dan propiamente listas de libros, pero sí enseñan cómo leer y qué leer. Emerson, en su admirable ensayo titulado *Books*, da un panorama grandioso de la lectura. Es el panorama del grande hombre. Qué más puede ofrecerse a un joven que interroga por libros?

«Los colegios—dice Emerson—al proveernos de bibliotecas no proveen el profesor de libros.» El que ha sido estudiante sabe lo necesitados que están nuestros colegios de esa docencia. La pregunta que se nos ha hecho revela que en cuanto un joven esta lleno de inquietudes busca quién lo encamine. No es de importancia que el estudiante tenga en el colegio quien le diga cómo ha de leer y qué ha de leer? Emerson dice que al entrar en una biblioteca nos sentimos rodeados de centenares de amigos «aprisionados por un encantador». Y la tarea principal del profesor de libros es precisamente poner al estudiante en condiciones de buscar su lectura. Personalmente podemos afirmar que el beneficio es de trascendencia. Cuando estudiábamos topamos con la rara fortuna del profesor de cultura verdadera que nos hizo adquirir libros, relacionarnos con espíritus sólidos. Muchos de estos afanes que ahora deseamos ver nacer en los jóvenes parten de las devociones que entonces adquiriéramos. El medio se ha esterilizado mucho. Hoy el empeño porque las juventudes lean sólo lo sigue manteniendo con designio apostólico don Joaquín García Monge, un hombre prestigiado. Se fué Omar Dengo, profesor ideal de libros. En país extranjero da su saber don Roberto Brenes Mesén. Los jóvenes de inquietudes deben entonces buscar su propia orientación.

Emerson, como lo dijimos, da un panorama riquísimo y aprovechable. Pide que el estudiante lea aquello que sea apropiado a él, sin «perder su memoria en una multitud de mediocridades.» De los griegos señala: 1.º Homero, «quien realmente posee el fuego verdadero» y «ocupa en la historia el lugar que nadie puede suplir.» 2.º Herodoto, «cuya historia contiene inestimables anécdotas» y las anécdotas son «en nuestros días lo más memorable de la historia.» 3.º Esquilo, «el más grande de los tres trágicos que nos han dado bajo un tenue velo la primera plantación de Europa». El *Prometeo* es un poema de igual elevación y designio que el Libro de Job o los Eddas.» 4.º Platón, «¿Por qué no educar a los jóvenes en este libro?» Lean el *Fedón*, el *Protágoras*, el *Fedro*, el *Timeo*, la *República* y la *Apoloía de Sócrates*. 5.º Plutarco, «no puede faltar en la más pequeña biblioteca», «es medicinal y vigorizante». «Las vidas de Cimón, Licurgo, Alejandro, De-

móstenes, Focion. Marcelo y restantes es lo que tiene de mejor la historia.» «En las *Morales* puede leer los ensayos *Sobre el Demonio de Sócrates*, *Sobre Isis y Osiris*, *Sobre el Progreso en la Virtud*, *Sobre la Garrulería*, *Sobre el Amor*, y dará de nuevo gracias al arte de la imprenta.»

Allí está para Emerson lo fundamental de la Grecia. Después pasará el estudiante del «maestro a los discípulos» y dará con los platonistas, Plotino, Porfirio, Proclo, Sinesio, Jámblico.

Para iniciarse en la historia de Roma tiene el estudiante al poeta Horacio «que es el ojo de la edad de Augusto»; a Tacito, «el más sabio de los historiadores»; Marcial: «le dará las costumbres romanas de los primeros tiempos del Imperio.» Y de esta selección pasará a Gibbon.

Le queda enseguida el aprendizaje de «los hechos cardinales de la historia de Europa.» Para ello tiene el poema de Dante con el cual «abre las Repúblicas

Italianas de la Edad Media»; la *Vita Nuova*, para explicar al Dante y a Beatriz; y la *Vida de Dante* de Bocaccio, un gran hombre que describe otro más grande.»

Y aquí paramos en la transcripción de Emerson, porque no pretendemos ofrecer una traducción de su ensayo *Books*, sino señalarlo a los jóvenes como una pieza magnífica. Se complementa con su otro ensayo *Quotation and Originality*. Aquí en donde carecemos del «profesor de libros» es bueno tener a la mano guías como ésta. Si alguna ayuda podemos prestar al joven que quiere indicación de libros, ella se traduce en la indicación de estos ensayos de Emerson.

Lean los jóvenes los libros en que se contiene la sabiduría de la antigüedad. Estén seguros de que ella les dará un sentido mejor de la vida y les abrirá el camino para emprender con seriedad en filosofía o en literatura. Pero háganlo sin simulaciones y sentirán que sus vidas cobran nobleza.

Juan del Camino

San José y marzo del 30.

Añojal

AL despertar, Mardonio experimentó gran disgusto. El cuarto estaba oscuro; ni un rayo de luz colábase por las múltiples rendijas que ofrecían el techo, las paredes, la puerta y la ventana de la rústica estancia, pero debía ser tarde, sin embargo. Probablemente el sol había emprendido marcha en medio de un cielo toldano aún, después de la furiosa lluvia nocturna: el sol es un mayoral experto y rígido, que no posterga la hora de salida cualesquiera sean las amenazas del tiempo.

Mardonio tenía conciencia de haber dormido mucho y avergonzábale de ello. En el transcurso de los quince años que llevaba desempeñando la mayordomía de la Estancia, jamás nadie se había levantado antes que él y cuando aparecían en el galpón los más madrugadores, siempre encontraban encendido el fuego, caliente el agua y ya enflaquecida la primera cebadura del cimarrón.

Se había dormido; era una vergüenza que lesionaba su prestigio de hombre capaz de los más grandes sacrificios con tal de que no pudieran tarjarle una sola

falta en el cumplimiento de sus deberes.

Levantóse, se vistió someramente y abrió la pequeña ventana. Contra su presunción, el cielo estaba sin nubes y en la lejanía del horizonte una fina ceja roja anunciaba el nacimiento del día.

Salió. El galpón estaba desierto, frías las cenizas, apagado el trashoguero de espinillo. Silencio completo en las casas. Todos, hasta los perros, dormían aún.

Recién entonces Mardonio respiró a gusto; y en tanto encendía el fuego y preparaba el mate, con la metódica prolijidad que empleaba en todos sus actos, iba recapitulando los extraordinarios acontecimientos de la víspera.

¿Eran realidades, o simple ensoñación engendrada por la atmósfera de tormenta y el prolongado verberar del agua y del viento durante aquellos ocho días de furioso temporal?...

No acertaba a decidirlo, y tanto más pujaba, tanto más enredábasele los tientos del raciocinio. En la duda, irritóse consigo mismo.

—¡Duele errar un tiro'e bolas, pero más duele correr por los cuestabajos, con peligro de romperse el alma, pa enlazar una fantasma!...

El sol había desabrochado los últimos velos negros de la noche y ascendía majestuosamente entre el cobalto de un espléndido cielo otoñal.

Persistía el silencio. Todo dormía aún, cuando Mardonio, después de haber cansado una cebadura de yerba y agotado el agua de la pava, fué hasta la puerta del galpón y tendió la vista al campo.

Sorprendióse como quien ve inesperadamente una persona que suponía muerta desde muchos años atrás. Aquel día naciente no era uno de esos tantos que pasan como pasa un viajero desconocido

DR. HERDOCIA

**Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta**

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

por el camino. No; él había visto antes, en tiempo lejano, sin duda, ese mismo día otoñal, blanco, luminoso y sereno.

¿Cuándo? ¿En qué oportunidad?

Una recapacitación inconsciente se fue operando en su espíritu produciéndose en él algo así como el despertar después de largo sueño cataléptico.

—¡Aura mi recuerdo!— exclamó.— Han galopado más de veinte años, y esta madrugada se me presenta acollarada con la otra, igualitas como potrancos mellizos!...

Más de dos décadas, sí. Él frisaba entonces en los veinticinco, y era un gallardo mancebo, que si no poseía una elocuencia profusa no le faltaban palabras y frases precisas para expresar las ternuras de su alma.

Amó una vez sola, pero amó intencionalmente. Sin violencias, por natural conformidad con su espíritu, siguió siempre al pie de la letra uno de los predilectos aforismos de su padre:

—«Una sola mujer, un solo caballo, una sola pistola».

Y su corolario:

—«No es rico quien tiene mucho sino quien sabe cuidar lo que tiene».

En el clarear de un día de otoño, luminoso y plácido como aquel que ahora presenciara, Mardonio salía del interior de un ranchito, donde había exhalado el último suspiro su novia adorada...

Dentro de su corazón, sin exteriorizaciones de ningún género, consagró un culto a la muerta, convencido de que ninguna otra podría reemplazarla en su afecto.

Y la vida siguió su curso, con sus exigencias ineludibles. La muerte había cerrado con llave el huerto una sola vez cultivado y el mozo no tuvo nunca tentaciones de entrar en él.

De esa laya transcurrieron veinte años, monótonos, griseos, insípidos, todos iguales.

Mas he ahí que al cabo de ellos Mardonio se vió bruscamente abocado a un nuevo conflicto sentimental. Había fiesta en la estancia. Baile en la noche. Entre las muchachas hallábase Consolación, huérfana de un puestero y que el patrón había recogido. Como era muy pobre y poco agraciada, nadie sacábala a bailar, y entonces Mardonio, compasivo, la invitó...

¿Agradecimiento?...? ¿Afecto sincero?...?

No entremos en análisis demasiado complicados. El caso es que Mardonio vió brotar una rama verde y vigorosa del tronco tronchado, y el que creía seco, de su sensibilidad amorosa...

Se amaron. Debían casarse en breve. Mardonio, sobre todo, tenía prisa: a los cuarenta y cinco años la estación terminal del amor está muy próxima.

El sol seguía ascendiendo lenta y majestuosamente por el ancho camino azul del firmamento y todo el mundo dormía aún en la estancia.

El capataz empezaba a impacientarse en su soledad, renegando del madrugón, cuando se le presentó Consolación, quien fingiendo sorpresa dijo:

—¡Ah!... Está usted... yo iba... iba...

—¿A dónde, amiguita?— contestó él con afecto.

—Es decir... yo no iba... venía...— balbuceó. Y luego, resueltamente:

—Mire; yo vine pa explicarme con usted... Usted es un hombre muy bueno y yo no quiero engañarlo...

Él empalideció un poco y respondió, grave y sereno:

—Hable...

—Oiga... Yo creía quererle, pero después he visto que no era posible... que

usted es muy bueno, sí, pero que... ¡yo no sé cómo decirlo!... Vea y es l'único que se me ocurre: que usted me quiere pero que se ha olvidado de querer...

¡La terrible frase!... No basta amar, es necesario saber transmitir el amor a la persona querida. Y él no podía hacerlo. En las tierras vírgenes, un enérgico corturage asegura el brote de la semilla; pero en los añojales la maleza la obstruye y la mata!...

Javier de Viana

(Mundo Argentino. Buenos Aires)

Bibliografía titular

(Se registran los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

De los autores:

Montiel Ballesteros: *El viaje de Pibe alrededor del mundo*. Relato para niños. Carátula e ilustraciones de Giselda Zani Welker. Montevideo. 1929.

D. Moreno Jiménez: *Elixires*. Colina Sacra. Sto. Domingo. Rep. Dominicana.

Epígrafe: He insistido en grabar mis poemas en roca, a fin de que las venideras generaciones acuerden el dolor de un hombre con la armonía del mundo.

Rafael Heliodoro Valle: *Relaciones históricas de México y Centro América*.

Barreto filho (Rua Rodrigo Silva 7. Río de Janeiro. Brazil):

Sob o othar malicioso dos trópicos (Romance). Río de Janeiro. 1929.

Rafael García Escobar: *Rosas de América*. Poesías. San Salvador. 1929.

J. C. da Cunha Dotti (Tristán Narvaja 1322. Montevideo. Uruguay):

El pájaro que vino de la noche. Editorial ALBATROS. Montevideo. 1929.

Fidel A. Zarate: *Bella inutilidad*. En verso. Lima. 1929.

Joao Fontoura (Lapeo Quintas, 35. Jardín Botánico. Río de Janeiro. Brasil):

Umbú. Contos gaúchos. (2a. serie) Río de Janeiro. 1929.

Ofelia Machado Bonet de Benvenuto (Andes 1342. Montevideo):

Allegro scherzando. Montevideo. 1929.

José Nucete-Sardi: *El hombre de allá lejos*. Caracas. 1929.

Rafael Coello Oliván, Conde Coello de Portugal: *Mil pensamientos de Cervantes*. Entresacados de todas sus obras y clasificados por orden de materias y conceptos. ESPASA-CALPE. Madrid. 1929.

Contiene las ideas máximas y sentencias más bellas que salieron de la excelsa pluma del Príncipe de los Ingenios sobre Religión, Moral, Vicios, Virtudes, Cualidades, Defectos, Ciencias, Artes, Fortuna, Desgracia, Tristeza, Alegría, Amor, Celos, Desdén, Ausencia, Mujeres, Matrimonio, Literatura, Poesías, Teatro, Milicia, Gobierno, Medicina, etc.

Raúl Cuevas (En *El Mercurio* de Santiago de Chile):

Noches y Días. Poemas. Imp. NASCIMENTO. 1929. Santiago de Chile.

Rafael Heredia Reyes: *La novela del bien*. Novela corta. San Salvador. 1929.

Julio Morales Lara (Coliseo 39. Caracas):

Savia. Editorial ELITE. Caracas. 1930.

Fernando González (53 Cabrera Girardot. Medellín. Colombia):

Viaje a pie. Dibujos de Alberto Arango Uribe. Editorial LE LIVRE LIBRE. París. 1929.

Pedro Erasmo Callorda: *Cantos del Exilio*. Editorial HERMES. La Habana. 1929.

César Alfredo Miró Quesada: *Cantos del arado y de las hélices*. Sociedad de Publicaciones EL INCA. Buenos Aires. 1929.

(Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas entregas.)

Dos poesías de Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña

(Envío del autor.)

Elegía invernal

¡Ay! ¡Este frío de invierno
se me ha metido en el alma!
Las acacias del jardín
se han florecido de escarcha
y el pregón del agua enciende
la antorcha de los paraguas!
¡Tardes para recordar
—grises, amarillas, pardas—
las novias que se alejaron
por un camino de lágrimas!
¡Veinticuatro primaveras
deshojadas en mi alma!
¡Ay! ¡Veinticuatro canciones
muriéndose de nostalgia!
¿Dónde volaron las hojas
azules de la esperanza?
¡Sobre la torre del viento
doblan en gris las campanas!
¡Ay! ¡Este frío de invierno
se me ha metido en el alma!

Romance del mar y el niño

¡Sirenas y marineros:
el niño se fué a la mar
en la cola de un lucero!
Todas las horas venían
con cargamento de sueños,
y el niño se fué a la mar
en la cola de un lucero.
Todas las playas soñaban
con un barquito de remo...
En su cámara de luna
van apresando momentos
en placas de memoranzas
los fotógrafos del cielo.
Ansioso de batir albas
salió a la mar mi pañuelo;
pero todas las arenas
se alejaron en silencio...
¡Sirenas y marineros:
el niño se fué a la mar
en la cola de un lucero!

Valladolid. España. 1929.

Un sueño

(Envío de la autora)

Soñaba en los amores que forjan un poema,
de vida que suprema no quiere ya existir.

Seleccioné mis ansias y fuíme por el mundo,
llamando corazones que quieran comprender.

Y todos los amores indómitos llegaron,
juntándose un instante, fugándose después,

violentos fueron unos, sensuales fueron otros,
los unos de pasiones, los otros de placer...

De todos los que fueron, ninguno me aprisiona,
seguí la ruta libre que no sacia el poseer.

Rumiando los despojos de fiestas hechiceras,
confórmanse con necios remedos del amor;

y van abriendo surcos, prolongando tragedias,
generan y generan por una eternidad...

Vestida de oro y púrpura, rechazó los despojos,
cantó triunfal la vida que no generará,

la vida que ilusiona, que excita los deseos,
la que termina pronto y es sombra nada más!

Yo elijo los amores que el corazón dichoso,
prodiga dulcemente, con ansia de volar:

me acojo a las caricias de aquella grey selecta
que vive rechazando la culpa original,

en esta grey encuentro los goces exquisitos,
los besos que no manchan brutalmente el amor,

gusto la extraña frase que narra cuentos de hadas,
la música de un canto para dormir mejor,

y luego que atesoro la dulzura de un beso,
me aduerto entre caricias de amable suavidad.

Ella

México, Febrero 21 de 1930.

El final de la dictadura.—En la agitación democrática de estos días hemos olvidado lo que pasa en el mundo. Así pasó inadvertido el regreso de Miguel de Unamuno a Madrid. Es decir, el punto definitivo y final de la dictadura española.

«El viejo» ha vuelto a su café de Madrid. Desde allí, manufacturando con dedos sutiles pajaritas de papel, el viejo conversa, comenta, exalta al auditorio, lo hace vibrar como una cuerda de buena guitarra andaluza. Ha recordado seguramente para sus amigos los días de destierro, cuando desde su pico de Hendaia, al borde mismo de España, se asomaba todas las mañanas a ver tierra y mar españoles. Ha recordado para ellos las horas luengas, cuando desde un cafetín donde jugaba a las cartas con un carpintero, un bodegonero y un farmacéuta vascos, tronaba de pronto, rompiendo el sigilo del juego, contra la dictadura que desintelectualizaba a su patria. Su barba se iba poniendo cada día más canosa. Su cuerpo, pequeño y fuerte, dotado de una movilidad llena de sorpresas para el espectador, se sacudía en el viejo sillón vasco, clavado con fuertes clavos de herreros bilbaínos. Vasco. Sí, muy vasco, pero muy peninsular. A veces sus ojos tomaban una dureza sombría, como los ojos del retrato de Iñigo de Loyola, que se atribuye al Tiziano, y las cejas se enmarañaban, como si quisieran recordar los bosques de pinos crespos de las montañas vizcainas. Pero casi siempre don Miguel estaba tranquilo en su fe, en la confianza de que algún día se habría de restaurar la república del talento sobre la tierra española, república de la cual era presidente perpetuo. Añoraba sus claustros de Salamanca, no ya como biblioteca para un profesor, sino como foco revolucionario de estudiantes, a los cuales faltaba un agitador. Si él hubiera podido... Si no estuviera España bajo la dictadura, si el Sud-Express no entrara, al pasar la línea fronteriza, en una tierra dura, militarizada y sorda para las voces de agitación, cómo estaría en ese momento predicando su evangelio de fuerza, en cualquier cátedra, en cualquier púlpito laico, en cualquier sitio. Pero sabía que su destino era volver. El comprensivo exégeta de Cervantes co-

Tablero = 1930 =

nocía que todas las aventuras concluían en Argamasilla de Alba, y que al final de toda lucha para un apóstol del espíritu era el noble retorno a los discípulos.

No dice el cable qué hará don Miguel de Unamuno. España le da el alojamiento de huésped ilustre a todo lo ancho de su ancha casa. Pero seguramente dentro de tres o cuatro meses don Miguel buscará otra vez su raíz, su paisaje, su tierra. Y regresará a la tierra vasca, no ya la francesa, sino la muy española de las aldeas marinas, de las montañas resinosas, de las selvas de hayas y pinos. ¿Acaso no está la universalidad de su genio en esa manera profunda de sentir y pensar a la vasca? ¿Acaso no es Baroja el primer novelista español, y el más difundido por el mundo, porque es el más vasco de los hombres?

Tierra euskara de hombres con rostros alargados, barbas hirsutas y cuerpos desgarrados de marinos. Buena suerte tiene ese trozo de tierra hosca, que sirvió para que nacieran en él los grandes hombres peninsulares, desde el de Loyola hasta el de Unamuno.

La amnistía de don Miguel deja concluida la dictadura en España por mucho tiempo. El viejo será ahora, como lo fue siempre, el gran agitador de ideas, el pelotari del pensamiento español. ¿Y qué dará a su regreso? Un libro de versos, un tomo apretado de filosofía tersa, un libro de política, uno de ciencias lingüísticas? No importa qué sea. La obra mayor que da es su regreso. Unamuno es un diccionario de vida; y sus libros no son sino biografías de su talento prodigioso.

(El Tiempo. Bogotá)

Otro libro: *Vibraciones y Recuerdos*, por Joaquín Fernández Montúfar: Salido en estos días de la Imprenta Alsina, en edición muy elegante.

Saquemos en limpio algunas de las notas que fuimos poniendo a medida que leíamos:

Por breves que sean, recoge el A. sus producciones; las quiere. ¿Las habrá reunido todas?

Copioso en el decir (redacción fluida y armoniosa) y en el ofrendar (se da en elogios. Propenso al elogio, que recoge como una flor y como una flor lo devuelve).

Vuelve a contar y lo hace bien. Ciertas cosas las dice muy bien.

Amena erudición histórica y literaria, casi siempre oportuna. ¿Se pecará por prurito de citas?

Es patriota y es optimista. Se sabe bien la historia de su país.

Fina curiosidad por lo exótico. Abierto a otras cosas: al estímulo, a la defensa del ultrajado, al consuelo del afligido, a la política, al elogio de los demás, de las instituciones, de los libros, de las ciudades.

He vuelto a leer: varios de estos artículos hallaron acogida amable en el *Rep. Am.*

La carta breve, el telegrama ceñido, en el A. son formas de composición literaria. Ciertas expresiones suyas son lapidarias.

A ratos dialoga; de ahí los comentarios ajenos en el libro, no pocos.

Con muchos puntos de contacto en sus escrituras breves; donde otros quizá rehuiríamos el contacto. Aludimos, pues, al ánimo hospitalario y benévolo del escritor.

Autor sincero y discutible.

Vuelve con frecuencia por los intereses del arte, de los libros, contra los exclusivos de la alforja.

Las citas, (los símbolos, mitos y evocaciones históricas a que tan dado es el A.) le obligan a recordar, a consultar, a documentar. Eso está bien.

A tono con el medio y el momento; díganlo, si no, los comentarios numerosos que provocan sus escritos. Buen periodista sería el A.

Elegancia para decir las cosas y valor en ciertas declaraciones.

Tiene este libro expresión propia. No es fácil adquirir la copiosa y amena erudición que el A. posee; ni es fácil hacer uso de ella con la gracia y eficacia con que lo hace.

Hay otras notas.

g.m.

Es de justicia que sin tardanza transcribamos estas palabras que de La Habana nos llegan:

Quiero que usted aclare lo antes posible un asunto de importancia. Se dice en *Tablero* que Roa está en La Cabaña. Roa está libre aunque como es lógico con la *simpatía* gubernamental y policiaca que usted supondrá. Me parece que la rectificación en el leidísimo *Tablero* podría ser ésta:

«Noticias llegadas de Cuba nos dicen que Raúl Roa García goza de libertad. Nos felicitamos mucho de ello. Pero la noticia nos llega unida a otra tristísima: Laguado Jayme, el escritor venezolano que más de una vez honró las páginas de *Repertorio Americano* fue puesto en prisión hace *siete meses* por el Gobierno de Machado. Bastó la petición de Arraíz, Ministro de Juan Vicente Gómez en La Habana, para que la prisión se decretase. ¿Causa? La publicación de un folleto en que Laguado Jayme decía cosas ciertas y dolorosas sobre el Gobierno de Venezuela. Los esfuerzos hechos día tras día por amigos y compañeros para visitar a L. J. en la prisión durante los siete meses han sido inútiles. La contestación de los encargados de la fortaleza fatídica es siempre la misma: «Aquí no está». Por lo que no parece descaminado asegurar que Laguado Jayme no está ya en parte alguna...»

Como aún faltan **¢ 1,400** para cubrir el costo de la casa comprada a la viuda e hijos de Omar Dengo, y como aún llegan nuevas cuotas, abrimos otra lista y seguiremos reuniéndolas.

Vienen.....	¢ 410.00
X. X.....	200
	¢ 412.00

A propósito: Froylán Turcios nos ha remitido 14 ejemplares de su libro *Cuentos del Amor y de la Muerte*, con esta advertencia:

...Los doce restantes, es decir, su producto, va destinado a la lista de contribuyentes para comprar la casa de la viuda e hijos de Omar Dengo.

¿Le quedarán a don Omar **12** amigos que quieran tomarlos?

■ Cuesta el ejemplar **¢ 5-00**.

También nuestro *Magón* nos dice:

Mantengo mi obsequio de 20 ejemplares (de la *Oda a Costa Rica*) para aplicar su valor al fondo para la compra de la casa para la viuda e hijos de Omar Dengo.

¿Quiénes quieren tomar la *Oda*? Se venderá a **¢ 2-00**.

Estamos recordando a Omar y no olvidemos lo que sigue: Max Grillo nos dice:

Ahora he recibido tres libros que usted me envía, entre ellos el de *Meditaciones*, de Omar Dengo, sobre el cual escribiré pronto unas cuantas líneas de fervorosa admiración por ese noble espíritu, que usted nos ha hecho conocer.

Y Elena Torres:

...para dar luego las gracias efusivas por el primer tomo de *Meditaciones* de Omar Dengo; porque

este envío si es suyo directamente y es hecho con la generosa idea de esparcir entre todos un poco del perfume que dejó el joven maestro desaparecido.

Yo protesto

Pedregal, 12.

Santiago de Chile, 23 de Febrero de 1930.

Amigo García Monge:

Como la muerte de Mr. Alex. P. Moore, Embajador que fue de los Estados Unidos en el Perú, ha dado motivo no sólo para las demostraciones de duelo oficial propias del caso, sino para publicaciones en la prensa de mi país que yo considero impropias, acompaño a Ud. para el *Repertorio Americano* la carta que al efecto dirigí al Gerente de la *United Press* en esta capital y que personalmente entregué en las oficinas de dicha Empresa al señor don Víctor Palma.

Ignoro el curso que la *United Press* haya dado a mi protesta, que yo deseo que Ud. se sirva hacer constar públicamente.

Siempre suyo, Afmo.,

José Santos Chocano

Santiago de Chile, 19 de Febrero de 1930.

Sr. Gerente de la *United Press*

Pte.

Estimado Sr. y amigo:

Me entero, por cablegrama de la *United Press*, que algunos diarios de Lima, comentando la muerte —muy lamentable— del ex-Embajador de los Estados Unidos en el Perú, Mr. Alexander P. Moore, hacen constar la obligación de gratitud en que estamos todos los peruanos para quien aparece como uno de los gestores más generosos del arreglo de nuestro país con Chile.

Aplaudiendo este arreglo en lo que, fundamentalmente, tiene de plausible, que es la fraterna reconciliación de ambos pueblos, protesto yo, en mi condición de peruano residente en Chile durante todas las negociaciones, de la obligación de gratitud nacional por parte del Perú para con el difunto Embajador, pues tengo entendido que a él corresponden, como principal título al respecto, las gestiones relativas a la parte comercial del arreglo.

Me asisten motivos bien fundados para asegurarle así: fuera necesaria, de otra suerte, la publicación de todas las negociaciones, que

por otra parte, ninguno de los gobiernos ha de tener interés ya de mantener en reserva.

Por respetable que me sea la memoria de Mr. Moore, más respetable tiene que ser para mí la obligación de gratitud en que se hace, indebidamente, aparecer a mi pueblo, cuya fraterna reconciliación con el de Chile nadie celebra más sinceramente que yo.

Rogando a Ud. hacer constar mi protesta personal, sin mengua de lo que por otros aspectos pueda referirse a Mr. Moore, me es grato suscribirme

Su atto. amigo y S. S.,

José Santos Chocano

We are brothers, but, dear García Monge, we are also comrades-at-arms

173 Riverside Drive, N. Y. Feb. 19, 1930

My dear brother García Monge,

when my airplane was flying over Costa Rica, it was a genuine sorrow to me not to be able to stop it, in order to salute you in person. All the time that I was looking down at your beautiful country, I was thinking of you who personify for me the genius and potential greatness of so much more than merely your own particular nation.

I have been duly grateful for the help which you gave to my message in America Hispana, by reproducing articles about my visit and reports of my lectures. My gratitude will be repaid, not in person to you, but in my faithful perseverance to our common Cause. We are brothers, but—dear García Monge, we are also comrades-at-arms.

The next time I visit your America, I shall make a great effort to visit you and San José. I know that my experience of Hispanic America will have been deprived of a good measure of its fulness and of the joy it holds for me, until I know you personally.

your devoted,

Waldo Frank

Repertorio Hebreo

Revista mensual Ilustrada de Cultura, Literatura, Arte, Crítica e Información

Director:

MIGUEL BEN-TZVI ADLER

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle Negreiros 567

(Altos)

Ap. Correos 1925

Lima, Perú.

Suscripción en el extranjero... \$2.00 (al año).

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.

FABRICA:
REFRESCOS
KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPE
GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

Imprenta Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José C. R.